

HARLEQUIN Deseo

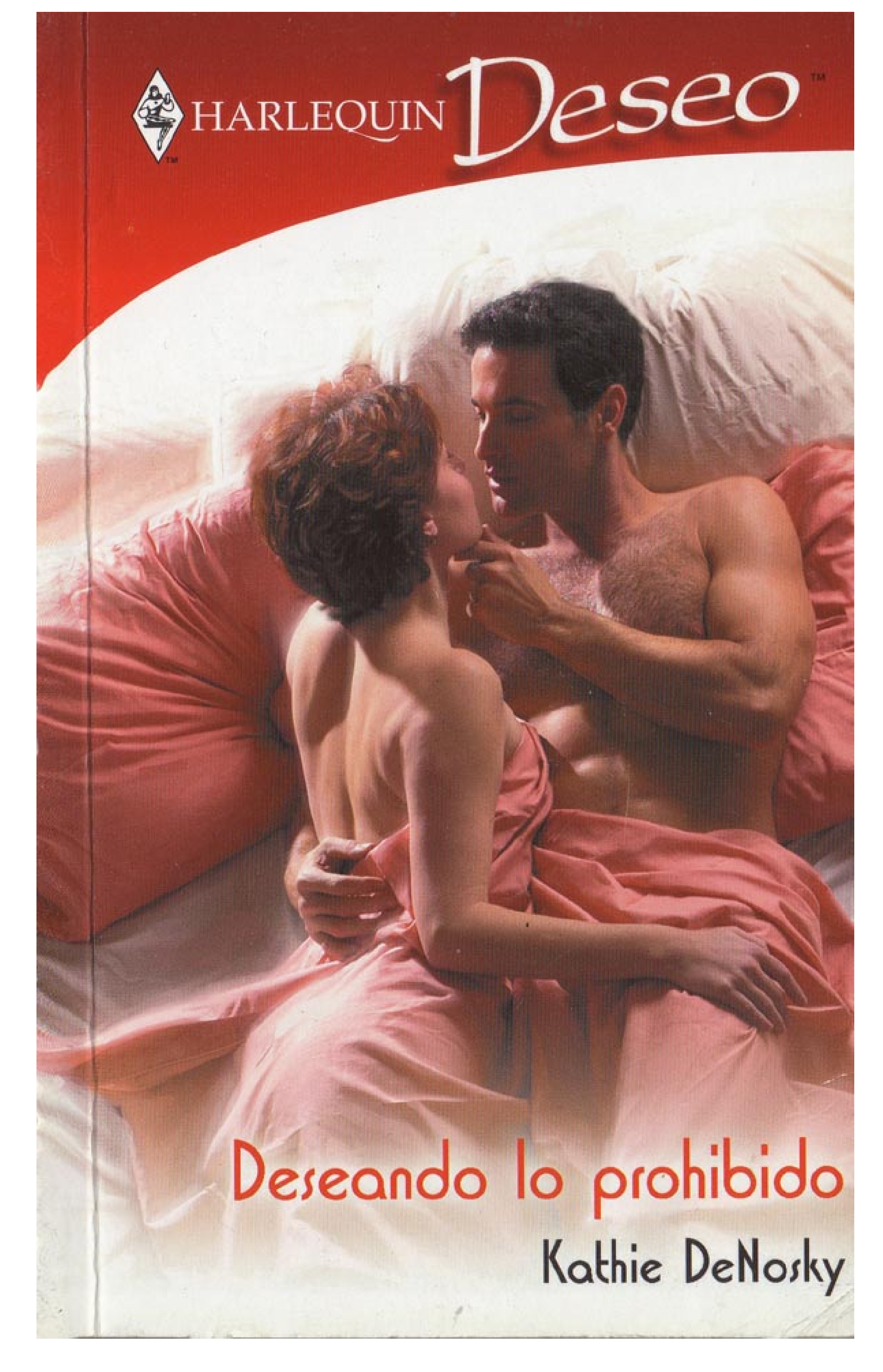
Deseando lo prohibido

Kathie DeNosky

Deseando lo prohibido

Kathie DeNosky

24º Mult. Lone Star Country Club



Deseando lo prohibido (2008)
Título Original: In bed with the enemy (2003)

Serie: 24º Mult. Lone Star Country Club
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1619
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Cole Yardley y Elise Campbell

Argumento:

Habían comenzado como compañeros de trabajo y ahora eran también compañeros de cama…

Los agentes federales Cole Yardley y Elise Campbell iban a tener que trabajar codo con codo en aquella investigación de tráfico de armas en Mission Creek, Texas. Lo que Cole no sospechaba era que muy pronto su pasión por el trabajo se vería eclipsada por la que iba a despertar en él su compañera.

Elise no podía negar que Cole le aceleraba el pulso y no pasó mucho tiempo antes de que ambos rompieran las reglas y pasaran una noche juntos. De pronto Cole y Elise tuvieron que plantearse si el fin de aquel caso sería también el fin de su relación o el comienzo de una vida en común…

Capítulo 1

—Menudo día —murmuró Elise Campbell intentando meter la llave en la cerradura por segunda vez.

Tener que esperar dos horas a que el juez firmara la orden judicial había sido frustrante. Luego, había tenido que escuchar como John Valente, el nuevo jefe de la familia Mercado, la llamaba «muñeca» durante toda la tarde, lo que la había dejado sintiéndose sucia y necesitada de una buena ducha. Y, ahora, para colmo, no podía meter la llave en la cerradura de su habitación en la Mission Creek Inn porque llevaba tantos papeles en la mano que no veía nada.

Menos mal que, una vez dentro, estaría en un lugar tranquilo y sereno. Una vez dentro, podría relajarse y ponerse cómoda.

Haciendo malabarismos con el bolso, los documentos contables que acababa de confiscar en el despacho de Valente y una pequeña pizza, intentó volver a meter la llave en la cerradura.

Mientras lo hacía, pensó que más le habría valido hacer dos viajes desde el coche que intentar llevarlo todo de una vez, pero estaban a mediados de agosto y hacía tanto calor que lo único que quería era

llegar a su habitación y poder descansar con el aire acondicionado puesto.

Cuando, por fin, consiguió abrir la puerta, entró como pudo, la cerró con el pie y se apresuró a acercarse a la mesa para dejar todo lo que llevaba. A continuación, movió los brazos para aliviar el dolor que sentía en los músculos, cruzó la estancia y se colocó frente al aire acondicionado.

Mientras sentía la brisa fresca sobre la piel, decidió que después del día que había tenido se merecía un buen baño relajante y una copa de vino para acompañar a la pizza antes de ponerse a repasar los documentos.

Elise se dio cuenta de que la cerradura de la puerta que unía su habitación con la adyacente estaba rota y suspiró con impaciencia.

¿Qué más podía salir mal?

Cuando había llegado aquella mañana, el recepcionista le había dado a elegir entre las dos habitaciones, así que Elise sabía que la de al lado estaba vacía, pero eso no quería decir que fuera a seguir así durante toda su estancia, así que colocó una silla bajo el pomo de la puerta por si a alguien se le ocurría entrar sin avisar.

Veinte minutos después, estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la enorme cama, terminándose un trozo de pizza mientras veía el informativo de las seis. En él, el hombre del tiempo prometía que durante el resto del mes iba a seguir haciendo el mismo tiempo que hasta entonces en el sur de Texas: calor.

Elise observó los pantalones cortos y la camiseta de tirantes que se había puesto después del baño. Era una pena que no pudiera ponerse ropa así para ir a trabajar en lugar de los trajes a medida que tenía que llevar.

Elise se encogió de hombros y alargó el brazo hacia la copa de vino que le había pedido al servicio de habitaciones. Se quedó helada antes de que el cristal tocara sus labios cuando oyó que estaba entrando alguien en la habitación de al lado.

Escuchó atentamente y llegó a la conclusión de que se trataba de una sola persona. Sin duda, un hombre. A continuación, oyó que algo pesado caía al suelo. El hombre que había entrado en la habitación de al lado debía de haber dejado caer una maleta muy grande o un cadáver.

Elise lo oyó maldecir. No parecía muy contento.

Elise agarró su revólver Glock 9 mm, lo sacó de su funda y le quitó el seguro. No le hacía ninguna gracia que la cerradura de la puerta que comunicaba las dos habitaciones estuviera rota, pero no podía hacer nada al respecto.

Mientras miraba la silla que había colocado, se dijo que, si aquel hombre quería entrar en su habitación, una cerradura no se lo habría impedido tampoco. En todo caso, lo único que hubiera conseguido habría sido ralentizar el proceso, pero nada más.

Cuando oyó que el hombre estaba abriendo la puerta por su lado del muro, alargó el brazo derecho, con el que sostenía la pistola, y agarró la culata con la mano izquierda.

No le sorprendió lo más mínimo que la puerta se abriera con estruendo, haciendo que la silla saliera volando y quedara en un rincón.

Un hombre muy alto y fuerte, de pelo corto y castaño oscuro y ojos penetrantes y marrones apareció ante ella.

—Quiero saber qué demonios te crees que haces interfiriendo en mi caso, Campbell —la increpó sin prestar ninguna atención a la pistola que le apuntaba al pecho.

—Y yo quiero saber qué demonios te crees que haces entrando en mi habitación sin llamar a la puerta, Yardley —contestó Elise bajando el arma, poniendo el seguro y devolviéndola a su funda—. Claro que éste es el estilo típico de los de la ATF. Vais por ahí entrando en los sitios como os da la gana, sin pensar en las consecuencias.

—¿Y qué me dices del estilo del FBI, que manda a una mujer a hacer el trabajo de un hombre? —contestó Cole.

Elise apretó los dientes ante aquel comentario machista, pero se negó a darle a Cole la satisfacción de ver que le había dolido, así que sonrió con dulzura.

—Veo que no has cambiado lo más mínimo desde la última vez que nos vimos. Sigues siendo Cole el cavernícola, el neardental ATF.

Cole se encogió de hombros, se acercó a la mesa y agarró un trozo de pizza.

—Hay cosas que nunca cambian. Tú sigues teniendo una lengua viperina —comentó en tono divertido—, pero, por si te interesa la opinión que me merecéis las agentes femeninas que hacéis trabajo de campo…

—Ya sé lo que opinas de eso, Yardley —lo interrumpió Elise descruzando las piernas para sentarse en el borde de la cama—. Y no me importa lo más mínimo. A mí lo único que me importa es que mis superiores confían en mí —se rio—. Tú opinión no me importa.

Dicho aquello, Elise observó como Cole apretaba los dientes. Evidentemente, aquello lo había irritado. Muy bien. Eso era lo que quería.

—Cuando las cosas se ponen feas, los agentes no podemos estar cuidando de una mujer —le espetó Cole—. Alguien podría resultar

herido o muerto.

—Venga, Yardley. Las agentes somos exactamente igual de competentes que los agentes.

Cole sacudió la cabeza mientras masticaba la pizza. ¡Mujeres! El hecho de que aquélla hubiera recibido entrenamiento, se le hubiera entregado un arma y el mismo título que a sus compañeros no significaba que fuera capaz de realizar investigaciones prioritarias como aquélla que los ocupaba, la conexión entre la familia mafiosa Mercado con la entrada de armas en Mezcaya, un minúsculo país situado en Centroamérica.

Distraído de sus pensamientos, Cole se sorprendió al ver que Elise se ponía en pie y caminaba hacia él. El ver sus piernas largas y delgadas hizo que se quedara con la boca abierta. ¿Cómo demonios se les había ocurrido a sus superiores encargarle a aquella mujer tan atractiva un caso así?

¿Cómo se llamaba? ¿Eloísa? ¿Eleanor? ¿Eliza? Daba igual cómo se llamara, pero aquella agente especial del FBI era la mujer más difícil que jamás había conocido y, además, tenía las piernas más increíbles del mundo, unas piernas de ensueño, unas piernas que a cualquiera le hubiera gustado sentir alrededor del cuerpo mientras…

Cole apretó las mandíbulas e hizo un esfuerzo para no maldecir. Cuando Elise pasó ante la máquina de aire acondicionado, creyó que se iba a morir, pues el aire que salía de la máquina hizo que se le marcaran los pezones contra la tela de la camiseta, evidenciando que no llevaba sujetador.

Maldición. No llevaba sujetador. Cole sintió que la anatomía de la parte baja de su cuerpo entraba en ebullición recordándole que, aunque no le cayera bien aquella mujer, tenía un cuerpo extraordinario.

Mientras se terminaba el trozo de pizza, Cole decidió que, una vez resuelto aquel caso, se iba a tomar una bien merecidas vacaciones, pues necesitaba unos cuantos días de cervezas y mujeres.

Era evidente que llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer si el ver a Campbell lo excitaba así. Aquella mujer era guapa, realmente guapa. Se trataba de una mujer de pelo corto y caoba, de enormes ojos verde esmeralda y piel clara y aterciopelada.

¿Por qué no se había fijado en ella cuando habían trabajado en casos paralelos dos años atrás? Posiblemente porque, en aquel entonces, habían coincidido trabajando en invierno y llevaba pantalones largos y no cortos y camisas y no aquellas camisetas que deberían estar prohibidas por ley.

Cuando sintió que se le tensaba todo el cuerpo y que los vaqueros

parecían haberse quedado pequeños, Cole se obligó a recordarse de quién se trataba. Aquella mujer se había metido en su caso, en el caso de la familia Mercado, de la que Cole sospechaba que estaba metida en el tráfico de armas.

—¿Lo vas a hacer o no? —le preguntó Elise de repente.

Cole se dio cuenta de que había estado tan absorto en sus pensamientos, intentando dilucidar por qué la encontraba tan atractiva, que no había oído la pregunta.

—¿Qué me has preguntado?

—Que si la ATF se va a hacer cargo de la silla que has roto —contestó Elise—. No he sido yo, así que no creo que deba pagarla el FBI.

—Sí, claro. Lo que quieras —contestó Cole inclinándose para recoger los trozos del respaldo que habían quedado en el suelo.

Al hacerlo, se dio contra Elise, que se disponía a hacer lo mismo, y tuvo que agarrarla para que no se cayera de espaldas.

—¿Estás bien?

—Por si me quedaba alguna duda, ahora tengo pruebas —contestó Elise frotándose la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Siempre he sospechado que eras un cabezota —contestó Elise—. Ahora, lo tengo claro.

Cole se habría reído ante su ocurrencia si no hubiera sido porque, al sentir su piel cálida y suave, lo había recorrido un estremecimiento de pies a cabeza que le impedía reaccionar.

Cole tragó saliva y se llevó la mano a la cabeza también. Se debían de haber golpeado con más fuerza de lo que había creído en un principio. Esa era la única razón que podía explicar la reacción que estaba teniendo.

—Voy a tirar esto —anunció yendo hacia la puerta con lo que quedaba de la silla—. Cuando vuelva, hablaremos de tu investigación.

—¿Ah, sí? —contestó Elise arqueando una ceja.

Cole sonrió y abrió la puerta que daba al pasillo.

—Sí, vamos a poner unos cuantos límites para que no te cargues mi caso.

—¿Para que yo no me cargue tu caso? —se indignó Elise apretando los puños—. ¿Y qué me dices de ti, que te vas a cargar el mío?

Cole se encogió de hombros.

—Conseguiré que Ricky Mercado y el resto de su familia estén en la cárcel antes de que a ti te dé tiempo de pensar en tu caso.

Cole cerró la puerta y se rio a carcajadas al escuchar a Elise maldecir al otro lado.

Elise estaba sentada con la espalda apoyada en el cabecero, pensando en lo que había ocurrido cuando Cole el cavernícola la había agarrado para que no se cayera. Al sentir sus manos sobre los brazos, todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo habían despertado a la vida y eso la tenía confundida.

Era la primera vez que reaccionaba así ante él. Cuando hacía dos años habían coincidido llevando cada uno su investigación en un caso similar sobre la familia Mercado, había terminado todos los días tan enfadada y tan frustrada por la actitud machista de Cole que todas las noches se compraba una tarrina de helado de chocolate, con trocitos de chocolate y sirope de chocolate y se la comía entera.

¿Cómo no se iba a enfadar cuando aquel hombre tenía unas opiniones sobre las mujeres trabajadoras que dejaban mucho que desear?

Cole el cavernícola le había dejado muy claro desde el principio que, según él, las mujeres deberían quedarse en casa cocinando, limpiando y ocupándose de los niños.

A Elise le parecía muy bien que una mujer se quedara en casa si eso era lo que ella elegía voluntariamente, pero le ponía de los nervios que un hombre le dijera lo que debía hacer, pues era una mujer libre con derecho a pensar como le diera la gana y dispuesta a hacer y a decidir por sí misma lo que quería hacer con su vida.

Elise suspiró.

Aunque había sido muy duro soportar a Cole el cavernícola, aquel caso había sido beneficioso, pues había salido airosa y con fama de ser una de las mejores agentes en activo ya que había encontrado una pista que ningún otro agente había detectado.

Por desgracia, también había salido de aquel caso con cinco o seis kilos de más.

Cuando Cole el cavernícola volvió a abrir la puerta que comunicaba sus habitaciones, Elise frunció el ceño. Aquel hombre era insufrible, era la persona más arrogante que había conocido en su vida.

—¿Es que no te han enseñado a llamar a la puerta? —le preguntó —. La verdad es que no hace falta que contestes. Siendo un agente de la ATF, no creo que llames nunca antes de entrar.

—Como que los agentes del FBI llamáis antes de hacer un asalto —contestó Cole dejándose caer sobre una butaca.

—Esto no nos está llevando a ninguna parte —suspiró Elise.

—En eso, estamos de acuerdo —contestó Cole echándose hacia

delante, apoyando los antebrazos sobre las rodillas y dejando caer las manos entre las piernas—. Podemos jugar a esto de dos maneras.

—¿Ah, sí? Soy toda oídos.

—Podrías decirme qué estás investigando para que yo te pueda decir sí podrías interferir en mi caso o te podría indicar directamente dónde no meter las narices.

Elise negó con la cabeza.

—Ni lo sueñes, Yardley. La segunda posibilidad queda descartada porque no pienso permitir que me digas lo que tengo que hacer —contestó Elise—. Supongo que te vas a enterar tarde o temprano, así que te diré lo que estoy investigando. Me he hecho con los libros de contabilidad de las empresas Trucking y Produce de la familia Mercado esta misma tarde.

—Así que entrando por el ángulo del dinero, ¿eh?

—Por algún lado había que entrar.

—Supongo que sabrás que los libros que te han entregado no son los verdaderos.

—Por supuesto. No nací ayer, Yardley —contestó Elise estudiando su rostro.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que lo encontraba guapo y de que aquello la enfurecía.

—Mañana tendré orden judicial para intervenir las cuentas de Ricky Mercado, su tío Carmine y el difunto Frank del Brio. Si hay discrepancias, las encontraré.

—¿Y qué harás entonces? —preguntó Cole haciendo ver como que no le importaba demasiado.

Elise pensó que era bueno obteniendo información, pero no iba a confiar en él.

—¿Por qué no me preguntas directamente cómo voy a llevar a cabo la investigación?

Cole sonrió.

—Muy bien. ¿Cómo piensas hacer caer a la familia Mercado?

—Hasta ahora, ni el FBI ni la ATF han podido demostrar que exista una conexión entre las armas que han desaparecido en Texas y las que han aparecido en Mezcaya —contestó Elise encogiéndose de hombros—. Tengo intención de encontrar la pista que me permita demostrar que la familia Mercado está vendiendo armas y las está transportando a través de su empresa Trucking hasta Mezcaya.

—Buena suerte —comentó Cole echándose hacia atrás.

—Te toca —sonrió Elise.

—¿A mí?

—Sí, a ti —insistió Elise—. Te toca contarme cómo tienes intención

de demostrar que los Mercado están detrás de todo esto.

—Lo siento, Campbell, pero nunca hablo de lo que voy hacer antes de hacerlo y, desde luego, no trabajo con mujeres.

—Así que prefieres hacer así las cosas, ¿eh? —lo increpó Elise poniéndose en pie—. Así que prefieres que cada uno se guarde para sí mismo lo que vaya descubriendo en su investigación —añadió mirándolo a los ojos.

—Exacto, preciosa —sonrió Cole.

—Muy bien, cavernícola —sonrió Elise a pesar de que tenía unas inmensas ganas de golpearlo en la cara—. No volveré a compartir contigo nada acerca de mi investigación —añadió acercándose a la puerta que comunicaba ambas habitaciones—. Y espero que no se te olvide que me llamo Elise Campbell y no preciosa. Si me vuelves a llamar así, puede que la próxima vez que entres en mi habitación sin avisar no tenga tanto cuidado con mi arma reglamentaria.

Cole se encogió de hombros y le acarició la mejilla.

—Dejaré de llamarte preciosa cuando tú dejes de llamarme cavernícola.

El calor que emanaba de la palma de su mano se extendió rápidamente por el cuello, el escote y el abdomen de Elise, que tuvo que tomar aire y decirse varias veces que aquella sensación no le estaba gustando nada para ver si, así, podía convencerse de ello.

—Te quería dar las gracias, cavernícola.

—¿Por qué, preciosa?

—Porque esta tarde creía que había tenido un día de perros y que era imposible que fuera a peor —sonrió—, pero tú me has demostrado en esta última hora y media que estaba equivocada y que podía ser mucho peor.

Cole se rio, tuvo la osadía de guiñarle el ojo, apartó la mano de su rostro y se fue a su habitación.

Completamente furibunda, Elise cerró la puerta con fuerza y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no darle una patada.

Cole encendió la televisión. Así que Campbell se llamaba Elise. Seguro que se lo habían dicho cuando habían trabajado hacía dos años en el caso de El Paso.

¿Por qué lo habría olvidado?

Cole se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas. A continuación, se quedó mirando la nada.

Elise.

Era un nombre dulce que sonaba bien y que le iba muy bien a su

propietaria. Su piel suave le había parecido terciopelo cuando la había agarrado para que no se cayera y, cuando le había acariciado la mejilla, había tenido la seria tentación de besarla para ver si sus labios sabían tan bien como parecía.

Cole maldijo y sacudió la cabeza. Debía de estar volviéndose loco. Se trataba de Campbell, aquella agente del FBI que tenía un carácter de perros y una lengua viperina.

Sí, pero daba igual. La reacción que había tenido al verla había sido la misma de siempre. Cole no era de meterse con las mujeres, pero lo hacía cuando estaba con Elise.

Se tenía por un hombre muy respetuoso con las mujeres, pues las tenía por seres delicados, amables y que merecían siempre la consideración masculina y su protección. Menos mal que su padre había muerto y no se enteraría jamás de su cambio de comportamiento, pues el sargento de artillería Albert Yardley le habría dado un buen coscorrón si lo hubiera escuchado hablándole a Elise como lo había hecho.

Cole sonrió al recordar a su padre, que había sido toda una contradicción andante en lo referente a las mujeres.

Siempre le había sermoneado sobre el lugar que una mujer debía ocupar en el mundo. «Procura que esté descalza y embarazada. Así, si hay problemas, no estará en medio». Por otro lado, estaba convencido de que los hombres debían poner a las mujeres en un pedestal y atenderlas de manera incondicional con completo respeto.

Además, Cole sospechaba que, de no haber muerto su madre cuando él tenía cuatro años, habría tenido una casa llena de hermanos y de hermanas, pero no había sido aquello lo que había vivido. Lo que había vivido había sido lo que le había podido dar un sargento de artillería frío y distante. Cole había aprendido desde muy temprana edad a no apegarse ni a la gente ni a los lugares.

Cole sintió de repente un profundo vacío en el pecho y se apresuró a apartar la sensación poniéndose en pie para desvestirse.

—No me extraña que la haya pifiado —murmuró.

Tras darse una ducha y meterse en la cama, se quedó un buen rato mirando al cielo, pensando en la conversación que había tenido con su rival de pelo caoba. Nunca había conocido a una mujer con la que le gustara tanto discutir como con Campbell. Aquella mujer era inteligente y rápida. Precisamente, su arrojo y su anhelo de querer ser la mejor eran cualidades admirables en un agente hombre, pero no en una agente mujer, pues aquellas cualidades la convertían en una persona volátil.

Cole le dio un puñetazo a la almohada y se colocó de lado.

Campbell no era de las que huía de los problemas. Aquella mujer no tendría problema en meterse en una peligrosa investigación y agotar todas las posibilidades antes de tirar la toalla.

Cole lo sabía perfectamente porque eso era lo que hacía él.

Capítulo 2

La tarde siguiente, mientras Cole se bajaba de su monovolumen alquilado, Ricky Mercado salió a su encuentro. A pesar de que apoyó un hombro sobre una de las vigas de madera del porche y cruzó un pie por encima del otro a la altura de los tobillos haciendo ver que estaba muy relajado, Cole sabía perfectamente que era la última persona a la que quería ver.

—¿De nuevo por aquí, Yardley?

—Sí —sonrió Cole—, sólo para que supieras que no me he ido.

Cole tenía la sensación de que, en otras circunstancias, Ricky y él habrían sido amigos, pero dada la naturaleza de su trabajo y el entorno de Ricky, era imposible.

Mercado se rio algo irritado.

—Te puedo asegurar que no se me olvida que estás por aquí.

—¿Qué tal te va en tu nueva casa?

—Me puedo apañar. Hay un mapache que vive debajo del porche de atrás al que parece que no le ha hecho mucha gracia mi llegada, pero se puede poner como quiera porque me pienso quedar —contestó irguiéndose—. ¿Por qué no vamos directamente al grano, Yardley?

Cole asintió. Aquélla era una de las cosas que tenía en común con Mercado. A ninguno de los dos les gustaba andarse por las ramas.

—Muy bien. Parece ser que has estado yendo por el club de campo muy a menudo últimamente.

—Claro. Pago muchísimo dinero al año por pertenecer a ese club y quiero amortizarlo.

—¿Sabes que se han encontrado armas en uno de los cobertizos de mantenimiento? —le preguntó Cole observándolo atentamente.

—Aunque hubiera sido ciego y sordo, me habría enterado —contestó el aludido sin inmutarse—. Ya sabes que en Mission Creek todo se sabe.

—¿Y tienes idea de quién pudo ponerlas allí?

—No.

—¿Me lo dirías si supieras quién fue?

—Claro.

«Claro que no», pensó Cole.

—¿Crees que Valente puede tener algo que ver en ello?

Mercado apretó los dientes y Cole se dijo que iba bien.

—Eso se lo tendrías que preguntar a él. Ya te he dicho que ya no pertenezco a la familia, que he dejado los negocios y que no sé en lo que están metidos.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Y espero no tener que repetírtelo. Si fueras un poco más inteligente, comenzarías a investigar por otro lado.

A Cole no le sorprendió que Mercado se pusiera a la defensiva en lo concerniente a su infame familia. Aquella escena ya la habían vivido en otros momentos.

—Sí te enteras de algo…

—Sí, sí, ya sé que me agradecerías que te lo dijera —lo interrumpió Mercado girándose y entrando con un gran portazo en la casa que estaba reformando.

Cole miró el reloj, se subió en su monovolumen y puso rumbo a Mission Creek. Apenas tenía media hora para cruzar la ciudad y llegar al Club de Campo Lone Star, donde había quedado con Phillip Westin.

Westin había sido el oficial superior de Ricky Mercado y sabía tanto sobre él como los demás marines que habían servido con él en la unidad 14. Varios de ellos vivían cerca de Mission Creek y algunos incluso habían crecido con él. De hecho, algunos albergaban dudas sobre si Mercado habría cortado todos los lazos con su familia e incluso habían llegado a afirmar que tanta insistencia por parte de Mercado en afirmar una y otra vez que se había convertido en una persona legal no era más que para encubrir alguna actividad ilegal.

Sólo su cuñado, Luke Callaghan, y Phillip Westin habían declarado abiertamente que creían que Mercado se había reformado y quería tener una vida normal y corriente.

Aun así, había varias cosas sobre Ricky Mercado y su historia que no le acababan de encajar a Cole.

Varias.

Mercado había formado parte del equipo de rescate que había acudido a liberar a Westin en Mezcaya, el pequeño país centroamericano donde la corrupción campaba a sus anchas y que corría el riesgo de quedar bajo la batuta del grupo terrorista El Jefe.

Mezcaya llevaba años sin saber lo que era la paz, pero después de la misión de Mercado para salvar a Westin había aparecido una cantidad ingente de armas automáticas y El Jefe había comenzado a utilizar armamento de alta tecnología.

Aquello había hecho que la ATF se fijara en ellos.

Cuando habían encontrado un cargamento de M 16, granadas y lanzaderas de mano en uno de los cobertizos de mantenimiento del Club de Campo Lone Star, habían llegado a la conclusión de que la familia Mercado estaba involucrada de alguna manera.

Algunos miembros destacados de la familia, entre ellos Ricky, habían comprado acciones aquel mismo año para ser miembros del

exclusivo club, lo que les concedía acceso ilimitado a los terrenos del mismo.

¿Coincidencia? Seguro que no.

Cole accedió a la carretera que conducía al club, pasó junto a la garita del guardia de la entrada y se dirigió al aparcamiento que había junto al edificio principal. Teniendo en cuenta el insoportable calor que hacía, le habría encantado entregarle el coche a uno de los porteros para que se lo aparcara, pero no se quería ni imaginar la cara que pondría su jefe si le entregara la factura de dicho servicio.

Chasqueando la lengua ante la imagen mental que apareció en su cabeza, aparcó el Explorer entre un Mercedes negro y un Porsche rojo, apagó el motor, abrió la puerta del piloto y estuvo a punto de darle a Campbell en la cara. ¿De dónde demonios había salido? No estaba allí cuando había aparcado unos segundos antes.

Cole salió del coche, cerró la puerta con el mando y se giró hacia ella. Elise llevaba un traje de chaqueta negro y una blusa blanca que le daba una apariencia ultraconservadora, muy profesional y no dejaba lugar para aproximarse a ella.

A Cole le gustaba mucho más con pantalones cortos y camiseta de tirantes.

—Debí imaginar que eras tú —lo saludó frunciendo el ceño.

—Yo también te deseo buenas tardes, Campbell —contestó Cole con alegría.

Elise hizo amago de pasar delante de él, pero los coches estaban tan juntos que no pudo.

—¿Te importaría echarte a un lado para que pueda pasar, Yardley?

—Claro que no —sonrió Cole apoyándose en la puerta de su monovolumen.

Elise tuvo que ponerse de lado para poder pasar.

—Tal vez, hubiera sido mejor que hubieras ido tú primero.

—No habría sido muy caballeroso por mi parte —contestó Cole mientras Elise pasaba.

Al hacerlo, la parte delantera de su cuerpo se rozó contra el torso de Cole, que sintió una descarga de 220 voltios. Al instante, oyó como Elise tomaba aire, sorprendida, indicándole que ella también lo había sentido.

—¿Desde cuándo te importa a ti ser un caballero? —le preguntó saliendo de entre los coches.

Cole observó satisfecho que le faltaba el aire.

—Yo siempre soy un caballero.

—Sí, claro —contestó Elise avanzando hacia la casa.

—¿A qué vienen tantas prisas? —preguntó Cole acelerando el paso

para no perderla—. ¿Estás siguiendo una pista importante o qué?

—Como que te lo voy a decir —sonrió Elise cruzando el aparcamiento—. Ayer mismo dejaste muy claro que nuestras investigaciones deben ir por separado.

—Sí, pero…

Elise se paró en seco y lo miró.

—Pero nada, Yardley. Me dijiste que preferías trabajar solo.

—Sí, es cierto, pero estoy dispuesto a escucharte si tienes algo que compartir conmigo.

Elise lo miró furiosa e indignada y Cole se encontró tan fascinado por ella como la noche anterior. Sus rizos color caoba se movían mecidos por la brisa y a Cole se le antojó increíblemente atractiva.

—Sin duda, eres el hombre más arrogante que he conocido nunca —comentó Elise sacudiendo la cabeza.

—Probablemente lo sea —sonrió Cole encogiéndose de hombros—, pero estoy guapísimo cuando me pongo una camiseta negra de la ATF y mi gorra de béisbol.

—¿Y eso qué tiene que ver? Bueno, mira, me da igual. No importa. Lo cierto es que me importan un bledo tus razonamientos cavernícolas.

—Me acabas de llamar cavernícola de nuevo, preciosa.

—No me llames así.

—Pues no me llames cavernícola tú a mí.

—No te he llamado cavernícola. Lo único que he dicho es que tus razonamientos cavernícolas no me interesan. No es lo mismo —le explicó Elise sonriendo de repente—. Claro que supongo que, en tu caso, es sólo cuestión de semántica.

Cole se sintió como si le hubiera dado un puñetazo en la boca del estómago.

—Para que lo sepas, Campbell, con tu insistencia en llamarme cavernícola lo que parece es que quieres que te cargue al hombro como un saco de patatas y te lleve a mi cueva.

Cole se rio a carcajadas cuando Elise gruñó indignada, se giró y entró en el edificio.

Elise se sentó en una silla de hierro bajo una sombrilla amarilla y blanca. Mientras admiraba el cuidado campo de golf, tomó aire varias veces para intentar recuperar la compostura antes de entrevistarse con el encargado de mantenimiento.

Estaba furiosa consigo misma por haberse enganchado de nuevo en otra batalla con Cole el cavernícola. ¿Por qué no lo ignoraba? ¿Por

qué no hacía como si no existiera?

Elise suspiró, se echó hacia atrás en la silla y se quedó mirando a un grupo de golfistas que estaban jugando. Para ser sincera consigo misma, el intercambio verbal que acababa de tener con Cole Yardley no era lo que la había disgustado. Lo que la había disgustado era la excitación sexual que había sentido. Eso era lo que la enfurecía. ¿Cómo era posible que le pareciera atractivo?

Ni siquiera le caía bien. Era un hombre arrogante, demasiado seguro de sí mismo y con un concepto sobre las agentes mujeres que no era solamente anticuado, sino también inexcusable.

Sin embargo, a pesar de todo aquello, cuando sus cuerpos habían entrado en contacto en el aparcamiento, Elise había sentido que las rodillas se le doblaban. Y, luego, cuando Cole se había parado para preguntarle cómo iba la investigación, Elise se había percatado de lo guapo que era y de como su maravillosa sonrisa hacía que el estómago le diera un vuelco.

Estaba estupendo con una cazadora informal, camiseta negra y vaqueros. De hecho, aquélla era una parte del problema. Estaba estupendo con cualquier cosa. La noche anterior también le había parecido que estaba guapísimo. Cuando la había agarrado tras golpearse ambos en la cabeza, Elise no había podido evitar fijarse en lo bien que le sentaba la camiseta, en cómo se le marcaban los bíceps y los hombros.

Elise sintió que se estremecía de pies a cabeza. ¿Qué demonios le sucedía? No estaba ni remotamente interesada en el agente Yardley. Además, no le solían caer bien los hombres demasiado seguros de sí mismos y, por si fuera poco, jamás mezclaba el placer con el trabajo.

Jamás salía con nadie del trabajo.

Jamás.

—Perdón por haberla hecho esperar, señora Campbell —la saludó un hombre de unos cincuenta años aproximándose a la mesa.

Al observar que tenía las rodilleras del pantalón manchadas de verde, Elise decidió que era el hombre con el que había quedado a las dos.

—Es que he tenido que ir al hoyo trece porque había una fuga de agua —se presentó estrechándole la mano y sonriendo—. Soy Cari Estrada, el jefe de mantenimiento del Lone Star.

Elise le estrechó la mano, secretamente agradecida por la interrupción, que la había obligado a dejar de pensar en Cole el cavernícola.

—Gracias por concederme su tiempo, señor Estrada —le dijo indicándole una silla que había frente a ella—. Por favor, siéntese. Le

prometo que no lo voy a entretener demasiado.

—No se preocupe, estoy encantado de contestar a cualquier pregunta que le pueda ayudar, pero ya se lo he contado todo al agente Yardley.

Elise sacó un cuaderno y un bolígrafo del bolso y asintió. Así que Cole el cavernícola se le había adelantado al entrevistar a aquel testigo. Aquello no podía volver a ocurrir.

—Puede que así sea, pero también puede que yo le pregunte algo que se le haya pasado por alto al agente Yardley —contestó Elise sonriendo para que el hombre se sintiera a gusto—. Según tengo entendido, fue usted quien encontró las armas en uno de los cobertizos de mantenimiento.

—Así es —contestó el hombre señalando un grupo de edificios que había a varios cientos de metros, en el campo de golf—. Se trata de un cobertizo que llevaba bastante tiempo vacío. Me pasé para ver si habría espacio suficiente para meter las máquinas nuevas que había encargado y lo que me encontré fue con que estaba lleno de cajas con armas.

—¿Hay alguna manera de acceder por carretera a los cobertizos, señor Estrada ? —preguntó Elise rezando para averiguar algo que Yardley no hubiera averiguado.

—Sí, señora, pero el uso está restringido a empleados y a transportistas.

—¿Qué tipo de material se transporta hasta aquí?

—Sobre todo, cosas para la tienda, equipamiento de jardinería y, de vez en cuando, cuando hay algo muy importante, como el festival de verano que va empezar dentro de unos días, almacenamos también los productos no perecederos de los restaurantes y de los bares.

Elise lo miró interesada.

—¿Cómo traen esos productos?

—Normalmente, en tráilers —contestó el señor Estrada señalando hacia la carretera—. Ahora mismo está llegando uno de ellos. ¿Quiere acompañarme al cobertizo y ver cómo es el proceso completo?

—Encantada —sonrió Elise—. ¿Guarda usted un registro con todas las mercancías que entregan los transportistas?

—Claro que sí —contestó el señor Estrada—. Lo tengo en mi despacho.

Elise sabía que podía conseguir una orden judicial para requisar aquellos documentos, pero esperaba no tener que llegar hasta esos extremos.

—¿Le importaría que fotocopiara las entradas de los últimos meses?

—Claro que no —contestó Cari—. De hecho, tengo una fotocopiadora en mi despacho que está a su disposición.

—Gracias, señor Estrada —sonrió Elise.

Cole estaba sentado con Phillip Westin y vio por la ventana a Elise cruzando el campo de golf en compañía de Cari Estrada. ¿Qué estaría haciendo? ¿Acaso no sabía que él ya había registrado concienzudamente los cobertizos?

Cole sonrió. Elise iba con un par de días de retraso, pues él había hablado con Cari y había registrado los cobertizos el día anterior. Aun así, era un placer verla cruzar el campo de golf, poder disfrutar de la vista de sus preciosas caderas, de la elegancia de sus piernas.

—¿Le gusta? —sonrió Phillip Westin.

—No, la verdad es que no —mintió Cole—. Me estaba preguntando qué cree que va a encontrar. Yo ya registré los cobertizos ayer.

—Ah, veo que hay cierta rivalidad entre la ATF y el FBI —sonrió Westin, que evidentemente, no se había creído la excusa de Cole.

—Algo así —murmuró Cole carraspeando y alargando la mano hacia su cerveza—. ¿Qué me estaba diciendo sobre Mercado?

Westin se puso serio.

—Le estaba diciendo que creo a Ricky. Si él dice que ha dejado los negocios familiares, lo creo.

—¿Y qué le hace pensar que está diciendo la verdad?

Era evidente que aquel hombre estaba convencido de la inocencia de Mercado y Cole quería saber por qué.

—Cualquier oficial de la marina que sea medianamente bueno conoce a sus hombres. Cuando mienten, sabe que están mintiendo —contestó el militar terminándose su cerveza y mirando a Cole a los ojos—. Mercado dice que está limpio y, por lo que yo he visto, es cierto.

—Está invirtiendo en inmobiliaria —asintió Cole—. Parece ser que esa parte de la historia es cierta.

—Ya le he dicho que yo confío en él.

Cole decidió que había llegado el momento de dejar de dar vueltas y de poner sobre la mesa lo que le molestaba de Mercado.

—Carmine lo estaba entrenando para que se hiciera cargo de la familia, pero, cuando murió, fue Frank del Brio quien asumió ese papel.

Westin asintió.

—Cuando Carmine murió, Ricky ya quería salirse de la mafia. Lo cierto es que no creo que estuviera nunca demasiado convencido. En

cualquier caso, cuando su tío murió, decidió irse —dijo Westin echándose hacia delante—. Cuando asesinaron a Del Brio, John Valente se hizo con las riendas de la organización.

—¿Por qué Ricky no quiso o por qué le ganó la mano? Sé que no se llevan bien.

—Ricky no me ha comentado nada de eso y yo no le he preguntado —contestó Westin—. Siempre ha habido un acuerdo tácito entre nosotros en lo que respecta a las actividades de su familia. Cuanto menos supiera yo, mejor.

—Supongo que ésa es la mejor manera de ser amigo de Mercado —contestó Cole terminándose la cerveza—. Por cierto, Wainwright me ha comentado que no han vuelto a aparecer reses degolladas.

Westin se puso serio ante aquel tema de conversación que tantos disgusto le había ocasionado recientemente.

—No, desde hace tres semanas todo va bien.

—Si su esposa y usted se quedan más tranquilos, quiero que sepan que lo más probable es que González se haya ido a Mezcaya.

Westin se pasó la mano por el pelo. Oír hablar de Xavier González, el joven terrorista de El Jefe que lo había acusado de matar a su padre, lo ponía nervioso.

—Espero que se quede ahí, el muy canalla.

Cole comprendía que Westin no quisiera saber nada de aquel terrorista, pues González le había matado varias reses de primera y había sacado a Celeste, su mujer, de la carretera antes de la boda.

Mientras hablaba con Phillip Westin, Cole no había perdido ni por un momento de vista a Campbell, que todavía estaba en el cobertizo. En cuanto la vio salir, se puso en pie, pues sabía que Westin ya le había dicho todo lo que tenía que decirle sobre Ricky Mercado.

—Gracias por su tiempo, Westin —se despidió tendiéndole la mano.

—Siento mucho no poder serle de más ayuda, Yardley —se despidió Westin estrechándole la mano y sonriendo—. Siempre que me pregunte le voy a decir lo mismo. Ricky no tiene nada que ver con las actividades de la familia Mercado. Me apuesto el cuello.

—El tiempo lo dirá.

Cuando Cole alargó la mano para pagar la cuenta, Westin se le adelantó.

—Se le va a escapar —comentó mirando a Elise, que estaba cruzando el césped hacia el patio—. Y esa chica es muy guapa. No creo que le hiciera ninguna gracia perderla.

—Le recuerdo que está casado —contestó Cole muy serio.

Westin se rio.

—Sí, estoy casado y soy muy feliz, pero no estoy ciego.

Cole estaba furioso ante el comentario de Westin. No tenía ningún interés en Campbell. Ninguno, cero, no le interesaba absolutamente nada.

—Ande, Dese prisa, que se le va a ir, Yardley.

Cole se giró y se apresuró a salir del restaurante mientras las risotadas de Phillip Westin le resonaban en los oídos.

Capítulo 3

Elise estaba en el enorme porche del edificio principal del club, buscando las llaves de su coche de alquiler en su bolso. ¿Por qué el llavero siempre se le iba al fondo? En el mismo instante en el que lo rozó con las yemas de los dedos, bajo la chequera y la cartera de cuero en la que llevaba su placa del FBI, sintió a alguien a su lado.

—Buenas tardes, muñeca.

Elise sintió que la piel se le ponía de gallina al reconocer la voz de John Valente.

—Buenas tardes, señor Valente —contestó sin mirarlo.

Desde la primera vez que había visto a aquel hombre, el nuevo jefe de la familia Mercado, había pensado que, seguramente, asustaría hasta a su madre.

Se trataba de un hombre alto y fuerte, de pelo oscuro y corto y piel aceitunada. John Valente era un hombre misterioso de rasgos duros y sonrisa repugnante. Tenía la nariz torcida, como si se la hubieran roto varias veces, una cicatriz desde la sien derecha hasta el pómulo y arrugas profundas en la frente, pero no era aquello lo que asustaba a Elise, sino sus ojos, unos ojos marrón oscuro en los que se veía que aquel hombre no tenía ni integridad ni conciencia ni alma.

—No se estará usted yendo, ¿verdad, señorita Campbell? —le preguntó Valente con voz grave.

—Me llamo agente Campbell y sí, me voy —contestó Elise haciendo amago de alejarse.

—Por favor, ¿por qué no se queda y nos tomamos una copa? —le propuso el recién llegado agarrándola del codo.

Elise tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartar el brazo.

—No puedo. Estoy de servicio, señor Valente.

—Ah, estás aquí —dijo una voz que ambos reconocieron—. Te estaba buscando, cariño.

Fantástico. Además de tener que deshacerse del señor Valente, ahora iba a tener que vérselas con Cole el cavernícola. ¿Qué había hecho para merecer aquello?

—Hola, Yardley —lo saludó Valente en tono antipático.

—Hola, Valente —contestó Cole acercándose a Elise y pasándole el brazo por la cintura.

—¿Qué haces? —se sorprendió ella.

—Veo que ya conoce a la agente Campbell —la interrumpió Cole.

Valente apartó la mano del codo de Elise, que se dio cuenta de que apretaba el puño.

—Sí, tuve el placer de conocerla ayer por la tarde. Ojalá hubiera sido en otras circunstancias más agradables.

—Claro —contestó Cole en el mismo tono antipático—. ¿Nos vamos, cariño? —le preguntó a Elise, que tuvo la sensación de que le estaba indicando a Valente que aquella mujer le pertenecía.

—No me lo puedo creer…

—Tengo las llaves del coche —la interrumpió Cole de nuevo con el mando en la mano—. Hasta luego, Valente —añadió conduciendo a Elise hacia la acera.

—¿A qué ha venido todo eso? —le preguntó Elise intentando zafarse de él.

—Sígueme el juego, Campbell —contestó Cole sin soltarla—. Valente está en el porche, mirándonos.

—¿Y qué?

—Quiere ver si nos vamos juntos —le explicó Cole abriendo la puerta de su monovolumen con el mando.

—Pues, entonces, se va a dar cuenta de que no nos vamos juntos.

—Te equivocas, nos va a ver montarnos en el coche y nos va a ver irnos juntos.

—No, de eso nada.

Cole tuvo la osadía, haciendo gala de su condición de cavernícola, de tomarla entre sus brazos.

—¿Pero qué haces?

—Me estoy asegurando de que Valente no te vuelva a molestar —contestó Cole echando la cabeza hacia delante.

Elise abrió la boca para decirle que sabía cuidarse ella sola, pero, cuando sintió los labios de Cole sobre los suyos, se olvidó de lo que iba a decir. El beso de Cole fue lento y apasionado, como si se estuviera presentando.

Cuando Cole trazó la silueta de sus labios con la punta de la lengua y se introdujo en su boca, Elise dejó de preguntarse por qué querría que Valente creyera que estaban juntos y se concentró en lo que aquel beso la estaba haciendo sentir.

Y lo que estaba sintiendo era una calidez desconocida, un calor que comenzó a correr por sus venas, un calor que la hizo temblar.

Cuando percibió las manos de Cole en la espalda y sintió su cuerpo cada vez más cerca, percibió un torbellino en el estómago y, cuando Cole la agarró de las nalgas y se apretó contra ella para que sintiera su erección, Elise sintió un interesante cosquilleo entre las piernas.

Al instante, sintió que el pulso se le aceleraba y que comenzaban a sonar todas las alarmas. El pánico se estaba apoderando de ella.

Estaba besando a Cole el cavernícola, un agente que estaba

investigando el mismo caso que ella y con el que, probablemente, tendría que volver a trabajar.

Elise lo apartó, pero Cole no la soltó.

—No ha sido una buena idea —le dijo Elise con la respiración entrecortada.

—Claro que sí —sonrió Cole—. Sube al coche. Valente sigue mirándonos.

—¿Y qué?

¿Cómo iba a pensar cuando sentía la erección de Cole entre las piernas? De repente, Elise se dio cuenta de lo que estaba pensando. ¿Su erección?

—No quiero que no se vuelva a acercar a ti, quiero que te deje en paz —contestó Cole mirándola a los ojos—. Ahora, quiero que sonrías como si te lo estuvieras pasando fenomenal y que te subas al coche.

La sonrisa que Elise le dedicó no era la que Cole esperaba.

—No.

—Te he dicho que te subas al coche, preciosa —insistió apretando los dientes.

—Y yo te he dicho que no, cavernícola.

Elise lo estaba desafiando y Cole se estaba irritando ante su actitud. Aquella mujer era tan cabezota como él.

—Si no te subes al coche, te vuelvo a besar.

—No te atreverás.

Cole apoyó su frente sobre la de Elise y la besó en la punta de la nariz, apretándose contra ella de manera más íntima todavía.

—No me pongas a prueba.

Elise se quedó mirándolo a los ojos, abrió la puerta del copiloto y se subió al monovolumen. La mirada asesina que le dedicó hizo que Cole estuviera a punto de estallar en carcajadas.

A continuación, tomó aire y rodeó el vehículo mientras pensaba en lo mucho que le había afectado el beso, pues aquella mujer tenía los labios más dulces que había probado en su vida, unos labios que le hacían soñar con encontrar un lugar tranquilo y hacerle el amor hasta dejarla sin sentido.

Sin embargo, cuando miró hacia el porche, su deseo desapareció. Valente estaba allí, de pie, observándolos como un *voyeur*. Aunque toda aquella escena la había montado él con el único propósito de que el mañoso no se volviera a acercar a Elise, lo cierto era que le entraron ganas de pegarle un puñetazo por estar observándolos.

—Escúchame antes de hablar, Campbell —le dijo al montarse en el coche—. A menos que no quieras tener que estarte quitando de encima a Valente continuamente durante la investigación, más te vale

que piense que tú y yo somos algo más que compañeros de trabajo.

Elise lo sorprendió riéndose.

—Desde luego, eres todo un cavernícola, Yardley. ¿Te crees que no puedo con una sabandija como Valente?

—Seguro que crees que sí, pero Valente es un hombre sin escrúpulos —contestó Cole poniendo el Explorer en marcha y saliendo del aparcamiento del club.

—¿Y crees que si piensa que tú y yo somos… que tú y yo estamos liados… no interferirá en mi investigación?

—No exactamente —contestó Cole tomando la carretera que llevaba a Mission Creek—, pero sé cómo son los hombres como él. No te ve como una agente federal. Lo único que ve cuando te mira es a una mujer atractiva a la que quiere intentar manipular. En cuanto te des la vuelta, te encontrarás de bruces con él. No parará de intentar sonsacarte, intentará distraerte de tu investigación.

—Confía un poco en mí, Yardley.

—¿Crees que ha sido casualidad que apareciera en el club en el mismo instante en el que tú te ibas?

—No lo había pensado —contestó Elise frunciendo el ceño.

—Por supuesto que no ha sido casualidad —afirmó Cole—. Seguro que sus hombres te observan y le informan de todos tus movimientos, le dicen dónde estás y con quién —le indicó Cole—. Hoy le he dado a entender que, si no te deja en paz, tendrá que vérselas conmigo.

Elise lo miró sin saber muy bien qué decir. De no saber que era imposible, hubiera pensado que Cole estaba intentando protegerla de Valente como un hombre protege a la mujer que le interesa.

Ridículo.

Cole el cavernícola no estaba interesado en ella. Ni siquiera le caía bien.

—Soy perfectamente capaz de vérmelas con un tipo como John Valente.

—Crees que eres capaz —contestó Cole parando el coche en el hotel en el que estaba hospedada Elise—, pero ¿cuál es tu especialidad?

—Trabajamos juntos hace dos años y sabes perfectamente que tengo un posgrado en Contabilidad.

—A eso me refería exactamente. Te pasas la mayor parte del tiempo en una oficina con la nariz pegada a la pantalla de un ordenador —asintió Cole tomándola del mentón y mirándola a los ojos —. No tienes la experiencia de campo que yo tengo ni estás acostumbrada a vértelas con hombres como Valente. Yo, sí.

Elise se apartó, pues le estaba gustando demasiado su caricia.

—¿Y cómo voy a adquirir esa experiencia si no salgo del despacho ni me relaciono con tipos como Valente?

—¡Maldita sea! No has prestado atención a lo que te he dicho, ¿verdad?

Cole se bajó del coche. Antes de que le diera tiempo de rodearlo, Elise suspiró, abrió la puerta y salió. Menos mal que el cavernícola había vuelto. Se sentía mucho más cómoda discutiendo con él que besando a Cole Yardley.

—Por eso no quiero trabajar con una mujer —murmuró Cole apoyando las manos en el capó del coche y atrapando a Elise entre sus brazos—. Las agentes mujeres os creéis que sois tan capaces como los hombres en cualquier situación de la vida real y no es así, pero ¿adivinas quién se lleva el tiro por intentar salvar a su compañera?

—Venga, cavernícola, déjame en paz. ¿De verdad crees que las agentes mujeres somos tan incompetentes?

—Yo no he dicho que seáis incompetentes, lo que estoy diciendo es que los hombres como Valente no se atienen a las normas del juego y las mujeres como tú no estáis preparadas para véroslas con él.

—No creo que Valente sea tan peligroso.

Cole la miró furibundo.

—Preciosa, no te fíes de él —le advirtió acercándose tanto a ella que Elise no pudo ignorar lo *sexy* y lo guapo que era.

—Para que lo sepas, me entrenaron en la academia de Quantico, así que ya te puedes quedar tranquilo, cavernícola. Recibí entrenamiento psicológico y también clases de defensa personal. Fui de las mejores de mi promoción, así que puedo vérmelas con Valente exactamente igual de bien que tú —le dijo apartándose.

Pero Cole la agarró del hombro.

—No te vendría mal que te protegiera, preciosa.

—Gracias por preocuparte por mí, cavernícola, pero sé cuidarme yo sólita. No necesito que un novio de mentira me proteja.

Cole estaba furioso mientras observaba como Campbell entraba en el hotel. Eso era lo que obtenía por intentar comportarse como un caballero y proteger a una mujer de los peligros que ella no veía que se cernían sobre su persona.

Cole sacudió la cabeza, volvió a montarse en el monovolumen y salió del aparcamiento. Necesitaba calmarse y pensar en cómo iba a hacer para llevar el coche de alquiler de Elise hasta su hotel. Mientras atravesaba la ciudad, se preguntó cómo iba a hacer para llevar adelante su investigación y proteger a Elise al mismo tiempo.

Cole se dijo que lo que debería hacer era seguir adelante con su investigación y dejar que Elise se las viera ella sólita con Valente, pero

no podía ser. Aquello sería como lanzarle un conejo a los lobos y él no era capaz de hacer una cosa así.

Aunque a la agente especial Campbell del FBI no le gustara la idea, el agente especial Cole Yardley de la ATF se iba a hacer pasar por su novio mientras estuvieran en Mission Creek llevando a cabo la investigación sobre Ricky Mercado y su mafiosa familia.

Al día siguiente, Elise estaba sentada en el vestíbulo del banco First Federal de Mission Creek, esperando para entregarle al nuevo director de la entidad una orden judicial que le daba acceso a las cuentas de los fallecidos Carmine Mercado y Frank del Brio.

En cuanto hubiera terminado con aquel trámite, pensaba presentar un documento similar sobre las cuentas de Ricky Mercado y, cuando lo tuviera todo, pensaba volver al hotel y pasar el resto del día comparando las cifras con las de las cuentas de las empresas de transportes de la familia Mercado.

Estaba decidida a encontrar cualquier relación que pudiera haber entre ellas.

Elise miró el reloj y se preguntó por qué estaría tardando tanto el director del banco, pues ya hacía más de media hora que una de sus ayudantes le había dicho que Elise estaba esperando para verlo.

En el mismo instante en el que Elise se iba a poner en pie para pedirle a la secretaria que le recordara a su jefe que estaba allí, la puerta se abrió y salió Cole el cavernícola. ¿Qué demonios hacía allí? Elise sintió que el enfado se apoderaba de ella. La investigación de Cole no incluía revisar archivos financieros.

Mientras Cole se acercaba a ella, Elise percibió que se le aceleraba el pulso y se preguntó qué demonios le estaba sucediendo. ¿Por qué le sonreía Cole de manera tan amable y, sobre todo, por qué le devolvía ella la sonrisa?

—Buenos días, Elise —la saludó—. Veo que has encontrado tu coche.

Elise asintió preguntándose qué se proponía Cole. Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila.

—Supongo que te encargaste tú de que alguien me lo llevara al hotel anoche.

Cole sonrió y Elise sintió que su temperatura corporal aumentaba.

—Supuse que lo ibas a necesitar hoy.

—Agente Campbell, el señor Harling la está esperando —le dijo la secretaria.

—Ahora mismo voy —contestó Elise agradecida por poder escapar

a la presencia de Yardley—. Gracias por lo del coche. Ahora, te tengo que dejar porque tengo una reunión.

—Luego nos vemos, cariño —se despidió Cole a voz en grito.

Varias personas se giraron y los miraron y Elise se sonrojó.

—¿Por qué has dicho eso? —le preguntó a Cole bajando la voz—. Ahora, esta gente se va a creer que hay algo entre nosotros.

—Eso es exactamente lo que quiero —sonrió Cole.

—¿Por qué? —le preguntó Elise sorprendida.

—Recuerda que te dije que te están observando —le dijo Cole al oído—. Ese hombre que hay ahí, junto a la ventanilla de cuentas nuevas, es uno de los hombres de Valente.

Elise miró alrededor, pero sólo vio a un hombre de unos setenta años apoyado en su bastón.

—Mira, Cole, no estoy como para perder el tiempo en tus estúpidos jueguecitos —le dijo furiosa—. Ahora no tengo tiempo porque tengo una reunión, pero tenemos que hablar. Tenemos que hablar muy seriamente porque quiero dejarte un par de cositas muy claras.

—Encantado, preciosa —sonrió Cole girándose en dirección a la puerta.

Cole esperó a que Elise saliera del banco apoyado en su coche. Tenía muy claro que, en cuanto tuviera oportunidad, le iba a decir unas cuantas cosas sobre la escena que había tenido lugar dentro, pero Cole estaba decidido a seguir adelante con su plan, pues estaba convencido de que, cuanto antes se enterara Valente de que estaban juntos, antes la dejaría en paz.

Por supuesto, Cole no creía que Elise se fuera a dejar encandilar por John Valente, pues la tenía por una mujer inteligente, pero le disgustaba la insistencia del mañoso, un hombre que no estaba acostumbrado a que nadie le dijera que no. Además, aquel hombre no tenía escrúpulos y Cole no quería problemas.

Era mucho mejor que Elise lo llamara cavernícola y que le echara una buena bronca a que tuviera que vérselas con un hombre como Valente.

En cuanto Elise hubiera obtenido todos los documentos bancarios que necesitaba y la hubiera dejado a salvo en su habitación, a solas con sus números, Cole podría volver a su investigación y resolver el caso.

Sonrió al levantar la mirada y ver que Elise salía del banco con una gran caja de documentos en las manos.

—¿Necesitas ayuda, Campbell?

—No, ya puedo yo.

Cole se quedó observándola unos segundos antes de dar un paso al frente y agarrar la caja, con la que Elise apenas podía.

—¿Te la pongo en el maletero o en el asiento de atrás?

—En el maletero —contestó Elise abriéndolo con el mando.

Una vez hubo dejado la caja donde Elise le había indicado, Cole cerró el maletero y se encontró con que lo estaba mirando.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué me estabas esperando?

—De nada —contestó Cole.

—Sí, claro, gracias —dijo Elise—, pero no me cambies de tema.

Cole se encogió de hombros, se acercó al coche y abrió la puerta del copiloto.

—Para que vayamos juntos a casa de Ricky Mercado.

Elise lo miró confusa.

—¿Cómo sabías que tenía idea de ir ahora allí?

—Porque hablé ayer con el *sheriff* Wainwright cuando me ayudó a llevarte el coche y le dije que quería ir contigo cuando fueras a entregarle a Mercado la orden judicial para tener acceso a sus cuentas bancarias —contestó Cole sentándose en el asiento del copiloto para que Elise no se fuera sin él.

Elise se puso al volante y se giró hacia Cole.

—A ver si lo he entendido. Has tomado tú todas las decisiones sin tenerme en cuenta. ¿Correcto?

—Bueno, no fue así exactamente así —contestó Cole poniéndose el cinturón de seguridad.

—Entonces, dime ahora mismo cómo fue exactamente —lo increpó Elise mirándolo furiosa.

Cole se encogió de hombros.

—Wainwright comentó que tenía que ir a Austin después de acompañarte a casa de Mercado y yo me ofrecí voluntario para ir contigo y sustituirlo.

—¿Por qué? —quiso saber Elise apartándose un mechón de pelo de la cara—. ¿Por qué no te metes en tu investigación y me dejas en paz?

—Estoy siguiendo mi investigación —contestó Cole haciendo un gran esfuerzo para no acariciarle el pelo—. Ricky Mercado es mi primer sospechoso.

—Creo que te estás equivocado —dijo Elise.

—¿Por qué? —preguntó Cole sorprendido.

—Puede que esté involucrado, pero no es el cerebro de la operación —contestó Elise poniendo el coche en marcha.

—El tráfico de armas no comenzó hasta que Mercado no volvió de

Mezcaya —le recordó Cole preguntándose si Elise habría descubierto algo en las cuentas de Valente que indicara otra cosa.

—Es cierto. No descubrimos el tráfico de armas hasta que volvió, pero tengo la sensación de que querían que creyéramos eso.

—¿Intuición femenina? —se rio Cole.

—No subestimes jamás la intuición de una mujer, cavernícola —contestó Elise.

—Me acordaré de ella cuando le ponga las esposas a Mercado, preciosa.

Capítulo 4

Al oír que llegaba un coche, Ricky Mercado levantó la vista del tablero que estaba midiendo.

«¿Y ahora qué?», se preguntó observando el sedán rojo que avanzaba por el camino de tierra que llegaba hasta su nuevo hogar.

Ricky meneó la cabeza. Seguro que eran los malditos agentes federales que iban otra vez a molestarlo. Eran las únicas personas que iban a visitarlo últimamente. Sus amigos estaban de vacaciones o lo ignoraban porque habían oído que los federales estaban investigándolo.

Cole dejó la cinta métrica sobre el tablero, bajó los escalones y se cruzó de brazos mientras esperaba a que el coche se parara. Se estaba hartando de contestar siempre a las mismas preguntas y estaba decidido a decirle a quien saliera de aquel coche que lo dejara en paz si no tenía pruebas contra él.

Sin embargo, cuando vio bajarse del coche a una mujer alta y delgada de pelo caoba, sonrió. No sabía de dónde procedía aquella mujer, pero desde luego era mucho más guapa que los agentes de la ATF.

—¿El señor Mercado? —le preguntó la recién llegada mostrándole una cartera de cuero—. Soy la agente especial Elise Campbell, del FBI.

—¿En qué la puedo ayudar, agente Campbell? —sonrió Ricky admirando a tan atractiva mujer.

Aquella agente tenía unas piernas maravillosas y larguísimas y la falda negra que llevaba enfatizaba su delgadez y su silueta.

Ricky parecía completamente concentrado en la mujer, pero los años de entrenamiento militar y la vida entera siendo un Mercado le habían enseñado a estar siempre alerta. Por eso seguía vivo a sus treinta y cinco años. Por eso se dio cuenta inmediatamente de que el copiloto del coche estaba abriendo la puerta. Ricky se tensó, preparado para defenderse si era necesario, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de Yardley.

—Hola —lo saludó sin dejar de mirar a la mujer que tenía ante sí.

El agente de la ATF se colocó junto a la agente Campbell.

—¿Algo nuevo en estos dos últimos días, Mercado?

—No —contestó Mercado—. ¿Y usted?

Yardley se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y se quedó mirando a la mujer.

—No —contestó.

Ricky estudió al hombre que lo había estado interrogado todos los

días durante una semana con las mismas preguntas sobre Mezcaya y el tráfico de armas en Mission Creek y percibió en él una tensión nueva.

Por la forma en que miraba a la preciosa agente Campbell, Ricky comprendió que estaba loco por ella.

—Señor Mercado…

—Llámeme Ricky —le dijo sonriendo de manera encantadora y mirando por el rabillo del ojo a Yardley, que frunció el ceño.

Sí, estaba en lo cierto. Yardley estaba loco por aquella mujer y, probablemente, ni siquiera se había dado cuenta todavía. Oh, cuánto se iba a divertir. Había llegado el momento de devolvérselas todas juntas.

—Agente Campbell, pregunte lo que necesite —le indicó sonriendo todavía más—. ¿Quiere pasar? Dentro se está mejor.

—No, gracias, señor…

—Ricky —contestó Ricky bajando el tono de voz.

—Muy bien… Ricky. Lo siento, pero mi visita no es una visita social.

—Qué pena —contestó Ricky a punto de estallar en carcajadas cuando Yardley lo miró con el ceño fruncido y apretando las mandíbulas—. ¿A qué debo entonces el placer de su visita?

Elise sonrió y le entregó un papel.

—Es una orden judicial para acceder a sus cuentas —le explicó Elise—. Debe entregarme todos los extractos bancarios, pues estamos llevando a cabo una investigación.

Ricky sintió que la furia se apoderaba de él. ¿Por qué demonios les costaba tanto a los federales entender que ya no tenía nada que ver con la familia Mercado? ¿Por qué les costaba tanto creer que hubiera abandonado la mafia y quisiera tener una vida normal y corriente?

—Muy bien, quiero cooperar —le dijo a la atractiva mujer que tenía ante sí.

—Gracias, Ricky —contestó la agente Campbell aliviada, lo que le indicó a Ricky que no solía trabajar fuera de la oficina muy a menudo —. Gracias por su colaboración, que hará mi trabajo mucho más fácil.

—Un placer —mintió Ricky.

En aquel momento, le pareció que Yardley maldecía.

—¿Cómo has dicho, Yardley?

—No he dicho nada —contestó Cole.

Ricky tomó a la agente Campbell de la cintura y le sonrió.

—¿Por qué no vamos dentro para que le pueda entregar lo que necesite para su investigación?

A Ricky no le sorprendió que el agente de la ATF los siguiera. Era evidente que no quería perder de vista a la preciosa agente del FBI.

El único consuelo que le quedaba era saber que estaba fastidiando a Yardley. Primero, mostrándose encantador con una mujer que a él le gustaba y, segundo, queriendo cooperar con ella, algo que nunca había hecho con él.

En otras circunstancias, se habría reído a carcajadas, pero no había nada de gracioso en lo que estaba sucediendo. Se estaban concentrando demasiado en él y no estaban buscando al verdadero culpable del tráfico de armas.

Ricky ya estaba harto de esperar a que los agentes federales dieran con él, así que estaba decidido a empezar su propia investigación en cuanto Yardley y su compañera del FBI se fueran.

Elise miró alrededor del comedor del hotel mientras esperaba a que la propietaria, la señora Cárter, una señora encantadora, la sentara. No tenía hambre, pero necesitaba descansar, pues llevaba seis horas seguidas trabajando.

Desde que había vuelto alrededor del mediodía, se había encerrado en su habitación y había estado revisando los documentos, páginas y páginas llenas de columnas de cifras y de recibos bancarios.

—Me parece que le va a sentar bien la cena casera —le comentó la señora Cárter invitándola a que la siguiera—. ¿Qué le parece pollo frito con puré de patatas y salsa acompañado por pan y mantequilla hechos en casa?

—Me parecen demasiadas calorías —murmuró—. La verdad es que no tengo tanta hambre —le dijo a la propietaria del hotel.

—Da igual —le contestó la mujer acomodándola en una mesa de mantel a cuadros rojos y blancos—. Siéntese y ahora mismo le sirvo la cena.

Elise comenzó a protestar, pues prefería una ensalada, pero la señora Cárter la miró de manera inequívoca y Elise supo que era absurdo discutir. Había mujeres en el mundo que eran del tipo mamá gallina y la propietaria del hotel era una de ellas.

Así que Elise se resignó a correr un par de kilómetros más a la mañana siguiente para bajar el exceso y asintió.

—Muy bien, señora Cárter.

—Por cierto, espero que no le importe que esta noche siente a otro huésped en su mesa —le comentó la señora Cárter antes de irse.

Elise miró a su alrededor y frunció el ceño, pues había otras diez mesas en el comedor y solamente tres ocupadas.

—No, no me importa, pero…

—Hablando del rey de Roma, ahí llega —comentó la señora Cárter

mirando hacia la puerta de entrada—. Me parece que ya conoce a la señorita Campbell, señor Yardley.

—Sí, señora —contestó Cole tan confuso como Elise—. Ya nos conocemos.

—Muy bien —le dijo la señora Cárter indicándole otra silla—. Siéntese. Ahora mismo le sirvo la cena.

—Pero si no le he dicho lo que quería comer —comentó Cole una vez a solas con Elise.

—Ni falta que hace. Yo he intentado decirle que quería una ensalada, pero ella ha decidido que pechuga de pollo con salsa y puré de patata. Sospecho que a ti te va a traer lo mismo.

—¿Le has pedido tú que me sentara contigo?

—Ya te puedes imaginar que no —contestó Elise bebiendo agua e intentando ignorar su pulso, que se había acelerado—. ¿Le has pedido tú que te sentara conmigo?

Cole negó con la cabeza.

—Entonces…

—Nos quiere emparejar.

Cole sonrió.

—Supongo que la señora Cárter tiene una vena romántica.

—Genial. Además de querer cebarme, me quiere emparejar.

—Y nada más y nada menos que con un cavernícola —contestó Cole.

—Supongo que podría ser peor —sonrió Elise.

—Claro que sí. Podría ser con un cavernícola con malos modales en la mesa, pero, como puedes ver, tengo las manos limpias —bromeó enseñándoselas.

Elise se quedó mirando aquellas manos grandes, fuertes y masculinas y se preguntó qué sentiría si le acariciaran la piel desnuda, si la tocaran…

Sorprendida por sus pensamientos, volvió a beber agua y se dijo que Cole el cavernícola era el último hombre sobre la faz de la tierra que le interesaba. Además de que él también era agente federal, lo que los convertía en compañeros de trabajo, tenía una actitud hacia las mujeres que a Elise se le hacía completamente intolerable.

Sin embargo, también era cierto que en los últimos dos días Elise había llegado a la conclusión de que lo que le ocurría a Cole Yardley era que sentía la imperiosa necesidad de proteger a las mujeres.

No las quería cerca en el trabajo porque quería protegerlas, no porque se creyera superior a ellas.

—Aquí está la cena —anunció la señora Cárter dejando ante ellos dos enormes platos que olían de maravilla—. Ahora mismo les traigo

el pan, la mantequilla y el té con hielo.

—Huele fenomenal —comentó Elise sintiéndose agradecida a la señora Cárter por haber interrumpido sus pensamientos.

—¿Es la primera vez que comes aquí? —le preguntó Cole.

Elise asintió y se puso la servilleta en el regazo.

—Anoche me comí un paquete de galletas con queso y una botella de agua en mi habitación mientras repasaba las cuentas de la empresa de transportes Mercado Trucking y la noche anterior pedí una pizza y me la tomé también en mi habitación.

Mientras daban buena cuenta de la comida casera, hablaron de sus familias. Cole compartió que no tenía hermanos y Elise habló de sus dos hermanas mayores, Cole le contó que se había criado con su padre, un marine, y Elise le dijo que a ella la había criado su madre, una mujer soltera e independiente.

—¿Y tu padre? —preguntó Cole.

—Se mató en un accidente de coche cuando yo tenía seis meses —contestó Elise sonriendo con tristeza—. Lo único que tengo de él son algunas fotografías y lo que me ha contado mi madre. A mí me habría encantado tener un padre, pero mi madre nunca volvió a casarse. Decía que mi padre había sido el amor de su vida y que era irremplazable.

—Mi padre hizo lo mismo. Conoció a mi madre el verano en el que terminó el campamento y siempre contaba que, nada más verla, supo que era el amor de su vida. Se casaron dos semanas después.

—Pues no les daría tiempo de conocerse mucho —comentó Elise preguntándose cómo alguien podía tomar una decisión tan importante en tan poco tiempo.

—Tendrías que haber conocido a Gunny.

—¿Por qué lo llamas así?

—Porque era un militar de pies a cabeza y le gustaba que lo llamaran así. Solía decir que había dos amores en su vida: mi madre y el ejército. Cuando mi madre murió, se entregó por completo al ejército y a criarme a mí.

—¿Cuántos años tenías tú cuando murió tu madre?

—Acababa de cumplir cuatro. Gunny había recibido órdenes de incorporarse a filas para ir a una misión al extranjero, así que mi madre y yo estábamos con mis abuelos en el rancho en el que vivían en Nevada. Mi madre estaba ayudando a mi abuela a guardar unas cosas en el desván, estaba subida a una escalera y se cayó. Estaba embarazada de dos meses y comenzó a sangrar. Mis abuelos la llevaron a toda velocidad al hospital para detener la hemorragia, pero el rancho estaba tan lejos que no llegaron a tiempo y murió en el

coche.

Elise alargó el brazo y le acarició la mano.

—Lo siento mucho, Cole. Supongo que sería un golpe muy duro para ti y para tu padre.

—Desde luego, no fue el mejor momento de mi vida —contestó Cole—, pero aprendí a confiar en mi padre porque el ejército lo trasladaba de ciudad aproximadamente una vez al año, así que tuvimos que aprender a estar muy unidos.

—Debe de ser difícil vivir en tantos sitios diferentes. Debe de ser difícil echar raíces en un sitio y tener que irse.

—Sí, al principio resultó difícil porque, siempre que empezaba a hacer amigos, a mi padre lo destinaban a otra base, pero, al final, me acostumbré y, en lugar de intentar hacer amigos, pasaba el rato aprendiendo todo lo que podía sobre armas y explosivos —le explicó Cole encogiéndose de hombros.

—Oh, maravillosa afición para un niño —comentó Elise en tono seco.

—Bueno, me sirvió años después y, además, nunca tuve ningún accidente —sonrió Cole—. Excepto aquella vez que hice una pequeña bomba y la metí en el buzón, que quedó destrozado.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo —rio Cole—. Tendrías que haberlo visto. Cuando estalló, el buzón voló por los aires unos diez metros, dio dos vueltas y cayó al suelo.

Elise se rio tanto que se le saltaron las lágrimas.

—¿Y tu padre qué te dijo? ¿Se enfadó?

—No, me estaba ayudando a probar la bomba —se rio Cole—. Cuando lo que quedaba del buzón aterrizó, nos acercamos a inspeccionar y me preguntó: «¿No crees que te has pasado un poco con la pólvora, hijo?».

Mientras se reían, Elise percibió la calidez de la mano de Cole, que estaba acariciando la suya, y sintió que la reverberación de su sonrisa se había metido en su cuerpo. ¿Por qué no se había dado cuenta en El Paso dos años atrás de la preciosa sonrisa que tenía aquel hombre y de lo divertido que era?

Cole comenzó a trazar círculos sobre la muñeca de Elise, que sintió que el pulso se le aceleraba y que un escalofrío la recorría de pies a cabeza.

Entonces, se apresuró a recordarse que estaba en compañía de Cole Yardley, el agente de la ATF, el último hombre sobre la faz de la tierra con el que debería estar coqueteando. Además de que le parecía un hombre irritante, era un agente federal y ella nunca mezclaba el

trabajo con el placer, así que Elise se apresuró a apartar la mano.

—Siento mucho tener que dar la velada por concluida, pero quiero sacar un par de horas más para terminar con los papeles del banco —anunció.

¿Aquella voz entrecortada era la suya?

Cole miró el reloj, asintió y se puso en pie.

—Yo también me tengo que ir.

—Buenas noches —les dijo la señora Cárter desde la puerta de la cocina—. Nos vemos mañana para desayunar. Empezamos a servir a las seis.

—Gracias —contestó Elise girándose y sonriendo a la mujer—, pero probablemente me tome un café en la habitación.

Dicho aquello, se volvió a girar para desearle buenas noches a Cole, que había desaparecido.

* * *

Cole estaba sentado en su monovolumen en una carretera, a varios cientos de metros de la parte trasera de la casa de Ricky Mercado, a quien estaba vigilando con unos prismáticos de visión nocturna.

Llevaba dos horas así y lo había visto reconstruyendo los escalones de madera, bebiéndose dos cervezas y maldiciendo al mapache que vivía debajo del porche cada vez que el animal asomaba la cabeza.

Nada que indicara ninguna actividad sospechosa, nada que indicara que Mercado no fuera lo que decía ser: un hombre normal y corriente que estaba reformando su casa.

Cole apartó los prismáticos y se frotó los ojos. No le gustaban nada las tareas de vigilancia. Era lo mas aburrido de su trabajo. Claro que, si de aquellas horas de vigilancia salía una buena prueba, habría merecido la pena.

Cuanto antes le echara el guante encima, antes podría volver a Las Vegas y olvidarse de aquella mujer que lo tenía en ascuas.

Todo había comenzado con aquel beso que se habían dado en el aparcamiento del club de campo y ahora, cada vez que estaba con ella, tenía que hacer un gran esfuerzo para no tocarla, para no abrazarla y volver a besarla.

Lo que lo tenía como loco era la reacción que había tenido cuando Mercado había mostrado interés en Elise aquella mañana, cuando ella había ido a entregarle la orden judicial. Ricky Mercado se había mostrado tan encantado con ella que Cole había estado a punto de saltarle a la yugular y aquello lo tenía muy molesto.

La farsa que había creado de que Elise y él eran algo más que compañeros de trabajo era sólo eso, una farsa. Cole no tenía ningún

interés en aquella mujer y se apresuró a decirse que sólo quería protegerla de Valente.

Maldiciendo, volvió a tomar los prismáticos y volvió a mirar hacia la casa que estaba vigilando. No quería pensar en lo encantadora que le había resultado durante la cena ni en su risa ni en la suavidad de su piel.

Cole detectó movimiento en la parte trasera de la casa y se irguió en el asiento. Mercado había entrado en su casa y había cerrado la puerta. Cole observó la casa durante media hora más. No había cortinas en las ventanas, así que no le costó mucho ver que Mercado apagaba las luces de la planta baja. Cuando apagó también las de la planta superior, Cole supuso que se había acostado.

Sin embargo, se dijo que podía ser una táctica para confundir a quien pudiera estar vigilándolo, así que decidió quedarse un par de horas más por si Mercado se reunía con alguien aprovechando la oscuridad.

Tenía la sensación de que aquella noche no iba a dormir de todas maneras porque, aunque volviera al hotel, no podría pegar ojo pensando en que Elise estaba en la habitación de al lado, tumbada en la cama, probablemente con algo muy *sexy*.

Al instante, Cole sintió que la entrepierna se le endurecía y maldijo diciéndose que no se sentía atraído en absoluto por ella y que no debía olvidarlo.

* * *

Elise habló con el recepcionista del turno de noche al salir al jardín. Eran casi las doce de la noche. Llevaba muchas horas comparando las cuentas de los dos jefes fallecidos de la mafia y de Ricky Mercado con las de las empresas Trucking y Superior Produce Company, y necesitaba tomar el aire antes de acostarse.

La luna y las estrellas alumbraron su camino y no le costó trabajo encontrar el sendero que discurría a través de los cactus y de las flores silvestres de Texas. Cuando llegó a la parte trasera del jardín, subió las escaleras y se sentó en un columpio que colgaba de la rama de un gran arce.

Mientras estaba allí sentada, disfrutando del maravilloso aroma de las buganvillas, se preguntó qué habría hecho Cole. No había vuelto a saber nada de él desde que había desaparecido de manera tan misteriosa del comedor del hotel.

—¿Qué demonios haces aquí sola a estas horas?

Elise dio un respingo.

—Dios mío, qué susto me has dado —se lamentó llevándose la

mano al pecho al oír la voz de Cole.

—Me alegro —contestó él acercándose y sentándose a su lado en el balancín—. No deberías estar aquí tú sola a estas horas.

—¿Estás de broma?

—No. ¿Qué ocurriría si Valente o uno de sus hombres te vieran aquí sola?

—El jardín está vallado —contestó Elise—. Además, no hay manera de acceder a él si no es entrando por el vestíbulo del hotel.

—Madre mía, la valla que hay alrededor de este patatal no debe de medir más de metro y medio. Cualquiera podría saltarla.

—No estamos en un patatal, sino en un jardín de cactus —lo corrigió Elise.

—Da igual —murmuró Cole.

—¿Y para qué iba a querer nadie saltar la valla cuando el jardín está abierto a todo el mundo?

—Para ser agente del FBI, eres muy ingenua —contestó Cole—. ¿Y si Valente quisiera secuestrarte?

—¿Y para qué iba a querer secuestrarme? Tú mismo me dijiste que los libros de contabilidad que me había entregado de las dos empresas estaban amañados, así que supongo que estará convencido de que no voy a encontrar nada que lo ligue ni a él ni a sus empresas con el tráfico de armas.

—¿No sabes que a los delincuentes les gusta asegurarse de que no encuentren nada que los pueda incriminar? A partir de ahora, cuando quieras salir de tu habitación pasada la medianoche, me lo dices y yo te acompaño a pasear.

—¿De verdad? ¿Me vas a sacar de paseo como si fuera un perro?

—No, he dicho que te acompaño —contestó Cole algo más calmado.

—Me gustaría dejarte clara una cosa, cavernícola —le espetó Elise tan furiosa que se puso en pie—. Yo voy donde me da la gana, cuando me da la gana y sin ti. ¿Está claro?

Cole se puso también de pie.

—Sí está oscuro como la boca de un lobo, no vas a ir a ninguna parte, preciosa.

—Claro que sí.

—Claro que no.

—Mira —lo desafío Elise comenzando a andar.

Pero Cole la agarró del brazo.

—Elise, escúchame.

La había llamado por su nombre y Elise no pudo evitar quedarse.

—¿Qué?

Cole abrió la boca para hablar, pero sacudió la cabeza, la tomó entre sus brazos y, antes de que a Elise le diera tiempo de reaccionar, la estaba besando.

De nuevo, se encontró sin aliento. Sentía las células de su cuerpo más vivas que nunca y se encontró abriéndose para él, urgiéndolo a que la besara más apasionadamente.

Si hubiera podido pensar con claridad, probablemente, se habría sorprendido de su propia osadía, pero los besos de Cole le impedían todo pensamiento racional.

Sólo podía sentir.

Elise sentía hambre, un apetito y un deseo rápido y caliente que se apoderaba de ella por momentos y que la llevó a agarrar a Cole de la camiseta para no derretirse a sus pies.

Al hacerlo, percibió la dureza de los músculos de su torso y sintió que se estremecía de pies a cabeza, pero, cuando ya creía que no iba a poder sentir más deseo, Cole se adentró en su boca y Elise sintió que se mareaba y que las rodillas le flaqueaban.

Entonces, se dejó caer contra su cuerpo y Cole la abrazó con fuerza. Elise sintió su erección en el bajo vientre, percibió la respiración entrecortada de Cole, que dejó de besarla y la miró a los ojos.

La necesidad y la pasión abrasadora que vio en aquellos ojos color almendra hizo que Elise se estremeciera de gusto.

Cole se quedó mirándola durante unos segundos interminables y le acarició el pelo.

—Cuando he visto que no estabas en tu habitación… —dijo incapaz de expresar con palabras lo que había sentido—. Por favor, prométeme que no volverás a salir de noche a menos que sea conmigo.

Si hubiera podido hablar, Elise le habría dicho que no tenía ninguna intención de prometerle algo así, pero, para su sorpresa, se encontró asintiendo.

Cole miró el reloj que había en la mesilla de noche e intentó dormir. Estaba a punto de amanecer y apenas había pegado ojo. En cuanto cerraba los ojos, recordaba el frío vacío que había sentido en sus entrañas cuando había abierto la puerta que comunicaba su habitación con la de Elise y había visto que no estaba.

En aquellos segundos, cuando se había dado cuenta de que no estaba, se le habían ocurrido mil posibilidades y en todas ellas aparecía Elise intentando librarse de John Valente.

Cole apartó las sábanas, se sentó en la cama, apoyó los antebrazos en las rodillas y dejó caer la cabeza entre las manos.

¿Qué demonios le estaba ocurriendo? ¿Por qué demonios la había besado hasta dejarla sin oxígeno? ¿Qué sentía por ella?

Aquella mujer no se parecía en nada a las mujeres que a él le gustaban, tranquilas y sencillas. Elise Campbell tenía una lengua viperina, le gustaba discutir y era muy cabezota.

Cole suspiró, se puso en pie y caminó hasta el cuarto de baño para refrescarse el rostro con agua fría.

Siempre trabajaba solo y así le iba mejor. Sin embargo, imaginarse a Valente poniéndole la mano encima a Elise, le hacía apretar los dientes de furia. ¿Por qué estaba tan empeñado en protegerla de Valente?

Se había dicho una y otra vez que lo que ocurría era que Elise no tenía experiencia y no iba a saber cómo lidiar con el jefe de la familia mañosa y que lo único que quería era que no se metiera en problemas, pero, si aquello fuera cierto, había otras maneras más inteligentes de protegerla que abrazándola y besándola siempre que tenía oportunidad.

No era de extrañar que lo llamara cavernícola. Lo único que le quedaba por hacer era cargarla al hombro como un saco de patatas y meterla en su cama y ya le había amenazado con hacerlo.

Cole sacudió la cabeza, volvió a la cama y se estiró. Mientras miraba el techo, tomó aire y lo exhaló. Llevaba tres días haciendo el tonto.

Al recordar a Elise y sus dulces labios, al recordar su cuerpo apretado contra el suyo, se sintió más protector y territorial que nunca y tuvo la sensación de que, hasta que aquel caso no hubiera terminado, no iba a dejar de sentirse así.

Capítulo 5

Elise bostezó e intentó concentrarse en las columnas de números que tenía ante sí. Llevaba una hora intentando encontrar una discrepancia entre las cuentas de Carmine Mercado con las de su sucesor, Frank del Brio, y las de la empresa familiar Mercado Trucking Company.

Parecía que todo estaba en orden, pero había algo que no le cuadraba. Todavía no sabía qué era, pero estaba decidida a averiguarlo.

Elise se reclinó y cerró los ojos. Le costaba concentrarse. En parte, por el encuentro que había tenido con Cole la noche anterior. Cada vez que recordaba cómo se habían besado y cómo se había entregado a él, se sonrojaba y sentía que un profundo calor se apoderaba de todo su cuerpo.

Elise se puso en pie y se acercó al ventanal que daba al jardín. Desde allí, observó los árboles y se preguntó qué habría visto en Cole que se le hacía tan irresistible. ¿Por qué no podía parar de pensar en él?

De repente, sintió una deliciosa tensión por todo el cuerpo y las rodillas le temblaron, así que volvió a la mesa, marcó con un bolígrafo el lugar en el que se había quedado, anotó una cifra y apagó la calculadora.

Había cosas en la vida que era mejor no explorar y su repentina atracción por Cole el cavernícola era una de ellas.

Lo que necesitaba era encontrar algo que la distrajera de aquel hombre y la devolviera a su investigación, encontrar la pista que le permitiera conectar a la familia Mercado con el tráfico de armas.

Tras consultar la hora que era, se acercó al armario y agarró un top de deporte fucsia y unos pantalones cortos a juego, los metió en una bolsa y los acompañó de unos bañadores y ropa limpia con la decisión de pasar un buen rato en el gimnasio del Lone Star y hacerse luego unos cuantos largos en la piscina olímpica cubierta.

Por si acaso.

Para cuando hubiera terminado, estaría lo suficientemente relajada como para poder volverse a poner a investigar la conexión entre los terroristas de El Jefe en Mezcaya y la familia Mercado.

Elise sonrió mientras agarraba las llaves del coche y se dirigía a la puerta pensando que lo más probable era que Ricky Mercado y John Valente estuvieran en el club, pues había empezado el festival de verano. A lo mejor, tenía la oportunidad de observarlos y puede que

obtuviera alguna pista que la ayudara a llevar a buen puerto su investigación.

Y, cuanto antes sucediera aquello, antes podría volver a Virginia para olvidarse de Cole Yardley.

Quizás, entonces, recuperara la cordura.

* * *

Cuando Elise llegó a la piscina después de haber estado en el gimnasio, la encontró prácticamente vacía. Sólo había un hombre nadando. Elise se encontró mirándolo fascinada, pues nadaba muy bien. De repente, se dio cuenta de que aquel hombre se le hacía familiar.

¡Era Cole el cavernícola!

Genial. Así que había ido al club de campo para intentar no pensar en él y se lo encontraba nadando. ¡Y allí estaba, admirando su fantástico cuerpo!

Elise decidió irse antes de que Cole reparara en ella, pero no le dio tiempo, pues ya la había visto.

—Hola, Campbell, ¿echamos una carrera? —la saludó Cole agarrándose al bordillo.

—No.

—¿Tienes miedo de perder?

—Claro que no —se rio Elise.

—Entonces, anímate.

—No quiero dañar tu frágil ego.

Cole se rio.

—No quieres echar una carrera porque sabes que te ganaría.

—Tú lo has querido —contestó Elise quitándose el pareo que llevaba a la cintura—. Recuerda que he intentado ahorrarte este bochorno.

Mientras la tela caía al suelo, Cole intentó no quedarse mirándola fijamente. Llevaba un biquini muy normal, nada provocativo, pero que en ella era espectacular. Cole intentó concentrarse en el color azul turquesa de la tela, pero no pudo apartar los ojos de sus pechos y de sus caderas.

Mientras Elise dejaba el pareo en una tumbona, Cole tragó saliva. Menos mal que estaba bajo el agua porque su anatomía ya estaba reaccionando.

Elise se tiró al agua de cabeza y salió a la superficie a su lado y Cole se preguntó por qué demonios la había retado a echar una carrera, pues no sabía ni si iba a ser capaz de nadar tal y como estaba.

—¿Estás listo? —sonrió Elise.

—No hemos decidido cuántos largos ni lo que gana el que llegue primero.

—¿Dos largos?

—¿Sólo aguantas eso?

La risa de Elise impregnó toda la piscina.

—Estaba mostrándome condescendiente contigo porque llevas nadando un rato.

Cole sonrió.

—No te preocupes por mí, preciosa. Aguanto perfectamente. Cuatro largos.

—¿Y qué me llevo cuando te gane, cavernícola?

—Te invitaré a cenar durante toda la semana que viene.

—¿Y si ganas tú?

Cole alargó el brazo y le quitó una gota de agua de la mejilla.

—No sé…

Elise se puso seria.

—No me gusta no saberlo…

—¡Preparados, listos, ya!

Dicho aquello, Cole salió a toda velocidad, antes de que a Elise le diera tiempo de protestar. Cole había decidido que, en el improbable caso de que la ganara, permitiría que lo invitara a una cerveza.

Cuando dio la primera vuelta al otro lado de la piscina, no se sorprendió al ver que Elise estaba a su lado y, cuando dio la vuelta por tercera vez y empezó el cuarto largo, comprobó que seguía allí.

Desde luego, era una nadadora fuerte y rápida.

Elise lo adelantó y Cole tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse atrás. Estaban llegando al final de la piscina cuando Cole dio todo lo que pudo de sí mismo, pero, aun así, Elise tocó el bordillo primero.

—No es la primera vez que haces esto —comentó Cole con la respiración entrecortada.

—Claro que no —sonrió Elise quitándose el agua de los ojos—. Fui del equipo de natación durante los cuatro años de instituto y me proclamé campeona del estado en mi último año.

—Así que intentando humillarme, ¿eh?

—En absoluto. Has sido tú el que me ha propuesto echar una carrera.

—Sí, pero no me has dicho en ningún momento que nadaras tan bien.

—¿Qué le vamos hacer, Yardley? He ganado y ya está.

Dicho aquello, colocó las dos manos en el bordillo para salir de la piscina, pero Cole le puso la mano en el hombro.

—Te habría ganado si hubiera querido —bromeó.

Al sentir su piel mojada bajo la mano, de repente le importó muy poco que no hubiera ganado y se encontró agarrándola de la cintura y apretándola contra su cuerpo.

—¿Qué haces? —le pregunto Elise con la respiración entrecortada.

—Recoger el premio de consolación —sonrió Cole.

—Esto no es inteligente por tu parte, Yardley.

—Probablemente no, pero todo el mundo sabe que los cavernícolas no somos especialmente inteligentes —contestó Cole besándola.

El agua les llegaba por el cuello, pero Cole decidió que quería saborear de nuevo su boca. Cuando Elise le pasó los brazos por el cuello, se adentró por la abertura que habían dejado sus labios. Al sentir sus senos apretados contra su torso y su tripa desnuda, la parte más sensible de su anatomía se endureció y, cuando Elise suspiró, Cole supo que estaba experimentando las mismas intensas sensaciones que él.

La tensión entre ellos creció rápidamente y, cuando Elise lo abrazó de la cintura con las piernas, Cole sintió que la sangre que corría por sus venas se convertía en fuego líquido.

Estaba atrapado entre los suaves muslos de Elise. Jamás se había excitado tanto ni tan rápidamente, pero, si seguían así, se iban a ahogar, así que se apartó.

—A partir de ahora, quiero que echemos una carrera todos los días —bromeó.

Sin embargo, la pasión había desaparecido de los ojos de Elise, que apartó rápidamente las piernas e intentó poner distancia entre ellos.

—Me tengo que… ir a trabajar —improvisó.

Cole, que todavía la tenía agarrada de la cintura, no la soltó.

—Está todo cerrado por el festival de verano. Lo mejor que podríamos hacer durante el resto del fin de semana es observar las actividades de la familia Mercado aquí en el club.

—Tengo muchos documentos que repasar.

—¿Has encontrado algo que quieras compartir conmigo? —le preguntó Cole besándola en la punta de la nariz.

Elise lo miró con los ojos entornados, se apartó de él, apoyó las manos en el bordillo y salió de la piscina.

—Así que por eso me has besado, ¿eh? Te crees que así vas a conseguir información sobre el caso.

—No, Elise, te he besado porque…

—Venga ya, Yardley —lo interrumpió Elise indignada mientras se secaba con una toalla—. ¿Te crees que he nacido ayer? Está todo muy claro, pero no pienso compartir información contigo. Por si no te

acuerdas, me dijiste que preferías trabajar solo.

Cole se quedó mirándola mientras Elise se secaba vigorosamente con la toalla, aquella toalla que estaba tocando su piel en lugares donde él querría poner las manos. Cole sintió que la entrepierna se le endurecía de nuevo y tuvo que tomar aire. ¿Qué demonios le ocurría? Elise Campbell no era su tipo.

Entonces, ¿por qué se moría por irse con ella a algún sitio tranquilo y apartado y comprobar si era tan apasionada haciendo el amor como él creía?

Maldiciendo, Cole se impulsó y comenzó a hacer largos a toda velocidad con la idea de olvidar aquel beso y a la mujer que le había provocado la erección más grande de su vida.

Cuando Elise llegó al vestuario de mujeres, las piernas no le sostenían.

Cole Yardley era el hombre más arrogante e insufrible del mundo, pero besaba como los ángeles, besaba tan bien que Elise se sentía tentada de olvidar su norma sobre no liarse con un compañero de trabajo.

Tras quitarse el bañador, se duchó para ver si, así, se olvidaba de aquel hombre que tanto la excitaba.

—Debe de ser que me estoy volviendo loca —murmuró.

Veinte minutos después, mientras cruzaba el patio en el que estaban preparando las barbacoas, sintió que los labios todavía le temblaban y se dijo que era a causa del hambre, pues no había desayunado y era más de mediodía. Como todo lo demás en la ciudad, el comedor del hotel había cerrado por la fiesta que iba a tener lugar en el club de campo. Elise sabía que, si no comía allí, tenía muchas posibilidades de no encontrar ningún otro sitio abierto.

—Me alegro de verte de nuevo, muñeca.

Al oír aquella voz grave y desagradable, Elise sintió que la piel se le ponía de gallina.

—Hola, señor Valente.

—¿Has comido? —le preguntó mirándola como una serpiente de cascabel mira a su víctima.

—Iba a comer ahora.

—Te invito a comer conmigo. Tengo una mesa reservada.

—Gracias, pero tengo que comer deprisa porque tengo que trabajar —contestó Elise girándose para pedir—. Para llevar, por favor —le dijo a la adolescente que estaba en la caja registradora.

Cuando Valente la tomó del codo, Elise hizo una mueca de

disgusto. Le estaba clavando los dedos con fuerza y la sonrisa se había tornado en un gesto de desprecio.

—Insisto, muñeca. No es educado por tu parte rechazar comer con una persona que está cooperando en tu investigación.

Elise sintió que se estremecía.

—Ya le he dicho que no tengo tiempo, señor Valente —declaró con firmeza—. Perdone, pero voy a recoger mi comida porque me tengo que ir.

—Lo mismo para mí —oyó Elise que le decía Cole a la chica que atendía la barra—. Hola, Valente —saludó.

Era obvio que John Valente no se alegraba lo más mínimo de verlo.

—Estaba a invitando a la señorita Campbell a comer conmigo —le dijo el mañoso soltándola.

—Me temo que llega tarde porque Elise y yo habíamos quedado para comer juntos después de nadar en la piscina.

Cuando Cole le pasó el brazo por los hombros y la besó, Elise no protestó. John Valente le daba miedo y, aunque era cierto que le había dicho a Cole qué había tomado clases de defensa personal, no le hacía ninguna gracia tener que ponerlas en práctica delante de todo Mission Creek.

—He llegado un poco tarde, lo siento, cariño. ¿Por qué no vas a buscar mesa mientras yo espero la comida?

Para alivio de Cole, Elise no protestó, se giró y atravesó el patio hasta un grupo de mesas que habían dispuesto sobre la pradera, bajo el olivo.

—Te advierto, Valente, que no me hace ninguna gracia que molestes a mi chica —le dijo al mafioso una vez a solas—. Espero que no vuelva a suceder porque, si vuelves a molestarla, te vas a encontrar con que me puedo convertir en un verdadero canalla cuando quiero —añadió asqueado al imaginarse las manos de aquel hombre sobre Elise.

—Lo mismo te digo —contestó Valente alejándose.

Cole se quedó mirándolo mientras entraba en el club. A continuación, recogió la comida y avanzó hacia la mesa en la que estaba Elise, a la que encontró acompañada por Ricky Mercado. ¿Qué demonios les pasaba a los miembros de la familia Mercado? ¿Acaso todo se sentían atraídos por ella?

—No parece que te haya dejado marca —le estaba diciendo Ricky cuando Cole se acercó a la mesa.

—Espero que así sea porque, de lo contrario, se va a enterar —comentó Cole enfadado.

—Estoy bien —le aseguró Elise con voz trémula—. Me ha asustado

un poco por su insistencia, pero nada más. ¿Es así con todo el mundo? —le preguntó a Ricky.

—A John Valente no le gusta que nadie le diga que no y, sobre todo, una mujer —contestó Ricky encogiéndose de hombros.

—Pues ya va siendo hora de que vaya aprendiendo —ladró Cole acariciándole el brazo a Elise.

—Por como hablas, cualquiera diría que sabes algo que nosotros no sabemos —le dijo Elise a Ricky.

—Es un asunto privado —contestó Ricky poniéndose en pie—. Digamos que nunca me ha gustado cómo trata Valente a las mujeres. No voy a decir nada más —se despidió sonriéndole a Elise de tal manera que Cole apretó los dientes—. Yo soy diferente. Sé perfectamente cómo tratar a una mujer.

Dicho aquello, Mercado cruzó el patio y desapareció entre la gente, dejando a Cole con un inmenso enfadado.

Ricky entró en el Men's Grill para pedir una cerveza y vio que John Valente estaba sentado en una mesa con un par de hombres.

No le sorprendía en absoluto que se hubiera mostrado rudo con la agente Campbell. Todo el mundo sabía que Valente no era diplomático en absoluto, pero Ricky había presenciado su falta de respeto con las mujeres y no le había gustado en absoluto.

Ricky se dio cuenta de que los dos hombres que estaban sentados con John eran Benito Pascal, el director de Mercado Trucking, y Mannie Ferrar, el presidente de Superior Produce. Estaban los tres enfrascados en su conversación. Seguro que estaban hablando de negocios. Benito y Mannie parecían muy contentos, lo que era extraño, pues Ricky sabía que a ninguno de los dos les caía bien el nuevo jefe de la familia Mercado.

En parte, porque John siempre había dejado muy claro que quería que aquellos dos socios se jubilaran ya que ninguna de las dos empresas había ganado demasiado dinero, que era lo que John Valente quería. A Carmine Mercado le había interesado muy poco cómo dirigieran sus dos viejos amigos sus empresas siempre y cuando se llevara su parte.

Entonces, ¿por qué se mostraba ahora Valente como su gran amigo? ¿Qué se traerían entre manos que no podía esperar a pesar de que era fiesta en Mission Creek?

Ricky estaba dispuesto a hacer unas cuantas preguntas y a averiguar lo que fuera necesario para limpiar su nombre.

Capítulo 6

Elise estaba haciendo un gran esfuerzo para comer, pero no tenía hambre y no sabía por qué. Podía ser por su repentino y desagradable encuentro con John Valente, por no haber sabido defenderse o porque Cole hubiera intervenido de nuevo en su defensa.

—Espero que no estés preocupada por Valente —comentó Cole dándole un trago a su cerveza—. No creo que vuelva a molestarte.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Digamos que hemos llegado a un acuerdo.

Elise se enfureció.

—¿Qué le has dicho?

Cole se encogió de hombros.

—Le he dicho que te dejara en paz o se las tendría que ver conmigo.

—No me lo puedo creer —se indignó Elise—. Podría haber resuelto yo sola la situación, pero no, te has tenido que poner en plan cavernícola y acudir a rescatar a la damisela.

—¿Pero qué dices? —contestó Cole confundido—. He hecho lo que habría hecho cualquier hombre normal cuando ve que están molestando a una mujer.

Elise contó hasta veinte.

—Lo que has hecho ha sido demostrarle que no confías en mí como agente federal.

—¿De dónde te sacas eso? —se sorprendió Cole.

—En lugar de darme la oportunidad de afirmar mi autoridad como agente federal, te metes en medio y le dices que me deje en paz como si yo fuera una mujer indefensa —le explicó poniéndose en pie—. Soy perfectamente capaz de luchar mis batallas y me gustaría que no lo olvidaras, cavernícola.

Elise estaba tan enfadada que se le saltaron las lágrimas mientras entró en el club a por su bolsa de gimnasia. Tenía intención de volver al hotel y seguir trabajando para demostrar que había una conexión entre Mercado Trucking, Superior Produce y el tráfico de armas para, así, demostrarle a Cole Yardley lo eficiente que era en su trabajo.

Cuando salió del vestuario de mujeres, Cole la estaba esperando.

—Tenemos que hablar, Elise.

—No.

—He dicho que sí —insistió Cole agarrándola de la mano.

Elise permitió que la llevara al porche, pues lo último que quería era montar una escena que atrajera la atención de los habitantes de

Mission Creek.

—Ya te he dicho que no me gusta que intervengas en mis asuntos, cavernícola, así que no sé de qué quieres que hablemos —lo increpó zafándose de él.

—Quiero que me escuches —contestó Cole—. Quiero que por una vez en tu vida tengas la versión de la otra parte —añadió tomándola entre sus brazos.

—Tienes cinco minutos —contestó Elise ante la sinceridad que vio en sus ojos.

—Muy bien —contestó Cole mirando al horizonte.

—¿Y bien?

—Dame un momento, por favor, Campbell. No me resulta fácil decir lo que tengo que decir —contestó Cole tomando aire—. He intervenido entre Valente y tú, es cierto, pero no porque dude de tu competencia como agente federal.

—¿Entonces?

—Lo he hecho porque no quiero que te toque ningún otro hombre.

Elise se quedó sin aliento. Aquello era lo último que esperaba oír.

—¿Te importaría explicarte?

—No sé si voy a ser capaz porque lo cierto es que nunca me he encontrado con este problema —admitió Cole soltándola y pasándose las manos por el pelo—. No estoy seguro de que me guste la situación, pero con sólo pensar en que otro hombre te pueda tocar me pongo muy mal.

—Pero si ni siquiera te caigo bien.

—Yo nunca he dicho eso —se rio Cole—. El problema es que me estás empezando a gustar demasiado —añadió a pesar de que sospechaba que estaba haciendo el idiota—. Lo único que sé es que, cuando he visto que Valente te tenía agarrada por el brazo, me han entrado ganas de matarlo.

—No sé qué decir —contestó Elise.

—Ya somos dos, preciosa —contestó Cole mirándola a los ojos con cariño—. Siento mucho que hayas creído que estaba poniendo en duda tu autoridad —dijo sinceramente—. Lo que he hecho no lo he hecho con intención de poner en duda tu valía como agente del FBI.

—Gracias —contestó Elise—. Bueno, me tengo que ir —añadió.

Cole asintió sin saber muy bien qué hacer, si besarla o salir corriendo.

—Ten cuidado, Campbell.

Elise asintió, se giró y comenzó a bajar los escalones.

Cole se quedó mirándola mientras iba hacia el aparcamiento para asegurarse de que llegaba bien al coche. Cuando vio que así era,

sacudió la cabeza y volvió al club.

—Vaya, Yardley, parece como si se hubiera muerto el perro.

—Déjame en paz, Mercado. No estoy de humor.

—¿Te has peleado con la señorita?

—La agente Campbell y yo somos compañeros de trabajo.

—Entonces, supongo que no te importará que la invite a ver conmigo los fuegos artificiales —sonrió Ricky—. Esta noche.

—Deja a Elise en paz —gruñó Cole.

—Así que ahora es Elise, ¿eh? —se rio Mercado—. Te pones de lo más territorial con la agente especial Campbell. ¿Seguro que no es tu chica?

—Métete en tus asuntos, Mercado —contestó Cole entrando en el bar del club.

—No has contestado a mi pregunta.

—Si la molestas, te encerraré antes de que te dé tiempo de contar hasta tres.

Mercado echó la cabeza hacia atrás y se rio como una hiena, lo que no hizo sino enfurecer todavía más a Cole, que se giró y entró en el bar pensando que lo que necesitaba era un lugar tranquilo en el que tomarse unas cuantas cervezas y poder pensar un poco. De lo contrario, iba a tener que ir al psiquiatra en cuanto volviera a Las Vegas para averiguar qué demonios le estaba pasando.

Elise estaba sentada sobre una colcha de *patchwork* bajo el cielo de Texas, admirando el atardecer. Estaba llegando mucha gente al club de campo porque el Lone Star organizaba fuegos artificiales todas las noches durante el festival de verano.

Después del encuentro con John Valente y de la perturbadora admisión por parte de Cole, había vuelto al hotel y llevaba toda la tarde pensando en lo que había sucedido.

Probablemente, Cole tuviera razón y ella no supiera lidiar con un hombre como John Valente, pues era cierto que pasaba casi todo el tiempo en la oficina detrás de una montaña de documentos. Era cierto que no solía hacer trabajo de campo y, aunque había recibido el mismo entrenamiento que cualquier otro agente del FBI, no tenía experiencia trabajando en el exterior.

Sin embargo, no era aquello lo que la había distraído de su trabajo, sino lo que le había dicho Cole.

Por una parte, era agradable saber que Cole pensaba en ella como ella pensaba en él, pero, por otra parte, iba en contra de la regla de oro de Elise, según la cual los compañeros de trabajo no mantenían

relaciones románticas.

Claro que, literalmente hablando, Cole y ella no eran compañeros de trabajo, pues él pertenecía a la ATF, trabajaba en Las Vegas y no en Virginia y no estaban colaborando en el caso Mercado porque había dicho que prefería trabajar solo.

Aunque aquello era buscarle tres pies al gato, porque los dos estaban investigando el mismo caso aunque llevaran investigaciones separadas, habían trabajado juntos en el pasado y, probablemente, les tocara volver a hacerlo en el futuro. No debía olvidarlo.

La razón más importante por la que no podía liarse con Cole no tenía nada que ver con su regla de oro, sino con proteger su corazón, pues Elise tenía la sensación de que, si no tenía cuidado, podía enamorarse completamente de él.

—¿Te importa que me siente contigo?

Al oír la voz de Cole, Elise elevó la mirada y se preguntó por qué le latía el corazón a toda velocidad de repente y por qué lo deseaba con tanta fuerza. Mientras se mordía el labio inferior, supo con total claridad la respuesta a ambas preguntas.

Ya se había enamorado de Cole el cavernícola.

—Elise, ¿estás bien? —le preguntó Cole sentándose a su lado.

Habría estado mucho mejor si Cole no le hubiera tomado el rostro entre las manos. Elise se quedó sin palabras, pero consiguió asentir y rezó para que Cole no se percatara de la lucha de emociones y confusión que estaba teniendo lugar en su interior.

—¿Estás segura?

—Sí, sí… estoy bien.

—¿Te importa si me quedo a ver los fuegos artificiales contigo? —le preguntó Cole.

Elise sintió que su voz aterciopelada la envolvía. Se dijo que tendría que salir corriendo, pero no se movió.

—Cole, creo que deberíamos hablar de lo que…

—Ahora no —la interrumpió Cole.

A continuación, se colocó con las rodillas flexionadas detrás de ella, abrió las piernas, le colocó a Elise las manos en los hombros y tiró de ella hacia atrás de manera que la espalda de ella quedó en contacto con su pecho.

Elise sintió que la piel se le ponía de gallina y que se derretía por dentro al entrar su cuerpo en contacto con el de Cole. Elise miró a su alrededor. Estaba anocheciendo y, tal vez, John Valente estuviera sentado por allí cerca y ella no lo viera.

—¿Esto es una farsa por si nos ve Valente?

—No —le dijo Cole al oído—. Estamos fuera de servicio. Esta

noche, en estos momentos, no somos el agente Yardley y la agente especial Campbell. Sólo somos Cole y Elise, dos personas que están disfrutando de estar juntas.

—Esto es de locos. No deberíamos…

—Shh —dijo Cole besándola en la sien—. Ya hablaremos luego. Los fuegos artificiales están a punto de empezar.

En aquel momento, un estruendo seguido de varias estelas de colores en el cielo anunció, efectivamente, el comienzo del espectáculo. Todos los que estaban sentados en el césped se callaron mientras el cielo se llenaba de colores.

Aunque el espectáculo pirotécnico estaba siendo bastante impresionante, Elise apenas se daba cuenta, pues estaba preocupada pensando en lo que estaba haciendo Cole, en cómo la estaba haciendo sentir. La tenía abrazada y se sentía protegida. De repente, no quería seguir pensando en la familia Mercado, en el tráfico de armas ni en que se estaba saltando a la torera su regla de oro.

Mientras el cielo se teñía de azul y de amarillo, Cole la apretó con fuerza contra su cuerpo y deslizó las manos por debajo de su blusa blanca. Elise sintió que se quedaba sin aliento y, cuando le acarició el abdomen y los pechos, sintió que el aire no le llegaba a los pulmones.

—¿Qué haces? —le preguntó en voz baja.

—Shh, preciosa, te vas a perder el espectáculo.

—El espectáculo lo estamos dando nosotros.

Cole chasqueó la lengua.

—Nadie nos está mirando —le aseguró.

Dicho aquello, le desabrochó el sujetador, que se abrochaba por la parte delantera. En cuanto sintió las palmas de las manos de Cole sobre sus pechos, el pulso de Elise se aceleró sobremanera y, cuando él comenzó a juguetear con sus pezones, ya endurecidos, el corazón le dio un vuelco y en su entrepierna comenzó a formarse un río de lava.

Elise cerró los ojos, dejó caer la cabeza hacia atrás, la apoyó en el hombro de Cole y no pudo evitar gemir de placer.

—¿Te gusta? —murmuró Cole.

Elise sintió.

—No deberíamos…

—¿Quieres que pare?

—Sí —contestó Elise suspirando de placer.

Cole le tomó los pezones entre los dedos índice y pulgar.

—¿Estás segura?

—No… quiero decir, sí…

¿Por qué le costaba tanto pensar? Estaba sentada entre sus piernas y, cuando Cole comenzó a excitarse y su erección se hizo palpable,

Elise la sintió en el trasero. Se sentía mareada de deseo, perdida en las sensaciones que Cole le estaba haciendo tener.

De repente, se sorprendió cuando Cole apartó las manos y la giró hasta quedar de frente. A continuación, le colocó las piernas sobre las suyas, la abrazó y la besó.

Al principio, fueron besos y mordiscos suaves, pero, cuando le pasó la lengua por el labio inferior, Elise lo besó con pasión, le pasó las manos por el cuello, abrió la boca y se rindió por completo a él.

En aquellos momentos, el pensamiento racional desapareció. Lo único que quería era que Cole la besara y la acariciara.

La apasionada respuesta de Elise hizo que Cole se excitara sobremanera. Sentía la erección tan dura que se sentía mareado. La deseaba con tanta intensidad que estaba sorprendido. Aquello era completamente nuevo para él. Quería que sus cuerpos se unieran, pero, lo que era nuevo era que sentía la imperiosa necesidad de que se unieran también sus almas.

Aquello debería haberle dado miedo, pero sentirla entre sus brazos, sentir su cuerpo y su boca le daba tanta fuerza que podría haber movido montañas.

—Te deseo tanto que me cuesta pensar —le dijo mirándola a los ojos y sonriendo.

En aquel momento, los fuegos artificiales volvieron a iluminar el cielo y Cole vio en los ojos de Elise que el deseo que ella sentía por él era también muy urgente.

—Vámonos al hotel —le propuso.

Elise se quedó mirándolo durante lo que a Cole se le antojó una eternidad. Por fin, asintió lentamente y se puso en pie. Cole la imitó, la tomó de la mano y la guió a través de la gente que estaba sentada en el suelo.

Una vez en el aparcamiento, la besó rápidamente.

—Te sigo.

Aquella tarde había estado pensando mucho y había decidido que tenía dos opciones: podía intentar ignorar la atracción que había entre ellos, lo que lo llevaría a volverse loco, o podía rendirse ante la química, disfrutar del tiempo que estuvieran juntos en Mission Creek y preocuparse de su cordura una vez de vuelta en Las Vegas.

¿Quién sabía? A lo mejor, cuando cada uno de ellos hubiera vuelto a su casa, podrían seguir viéndose de vez en cuando.

En cuanto llegaron al aparcamiento del hotel, aparcó junto al coche de Elise, se bajó y le abrió la puerta.

—Cole, creo que no sería muy buena idea que nos acostáramos —le espetó Elise sin preámbulo.

Cole tomó aire varias veces, haciéndose a la idea de que iba a tener que conformarse con una ducha de agua fría y una cama vacía. Por fin, asintió y acompañó a Elise al interior del edificio.

—Seguramente, tienes razón.

Ambos permanecieron en silencio mientras el ascensor llegaba a la segunda planta.

—No haríamos más que complicar las cosas —comentó Elise con tristeza cuando llegaron ante su puerta.

—Estoy completamente de acuerdo —contestó Cole preguntándose a quién estaba intentando convencer, si a ella o a él.

—Bueno… buenas noches… —se despidió Elise abriendo la puerta de su habitación.

—Buenas noches —contestó Cole cubriendo los pocos metros de distancia que los separaban de la suya.

Lo que más deseaba en el mundo era tomarla entre sus brazos, besarla y hacerle el amor, pero sabía que sería un error porque Elise se arrepentiría a la mañana siguiente.

Cole abrió la puerta de su habitación, entró y se quedó mirando la puerta que separaba las habitaciones.

Aunque el cuerpo de Elise le decía que quería acostaste con él, su mente todavía no había entendido lo inevitable.

No era cuestión de si se iban a acostar o no, sino de cuándo.

Elise cerró los ojos e intentó concentrarse en su regla de oro.

«No te acostarás jamás con un compañero de trabajo».

A lo mejor, si se lo repetía una y otra vez, recordaría por qué era su regla de oro y por qué era tan importante, pero, en aquellos momentos, no tenía ni idea de por qué había adoptado aquella filosofía de vida.

Cole la deseaba y ella lo deseaba a él. Lo único que tendría que hacer sería abrir la puerta que comunicaba las dos habitaciones y…

Elise abrió los ojos muy nerviosa. ¿Por qué estaba siquiera pensando en aquella posibilidad? A continuación, apartó las sábanas, se sentó en el borde de la cama y tomó aire varias veces para calmarse.

El hombre que le estaba impidiendo dormir era, nada más y nada menos que Cole el cavernícola, aquel hombre con el que le resultaba imposible estar en la misma habitación más de cinco minutos sin discutir.

Mientras intentaba dilucidar qué le estaba ocurriendo, recordó la calidez de sus besos y sus manos acariciando su cuerpo y sintió que se

le entrecortaba la respiración. De repente, lo comprendió todo. Seguramente, siempre se habían sentido atraídos el uno por el otro y lo habían ocultado discutiendo.

De repente, dio un respingo cuando la puerta que unía su habitación con la de Cole se abrió.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le preguntó Cole entrando.

Verlo ante ella en calzoncillos resultaba de lo más provocativo.

—Yo… bueno… eh… no, no puedo dormir.

—Yo, tampoco. No puedo olvidar tus besos —confesó Cole—. Ya sé que es una locura, pero nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti.

Elise sintió que el corazón se le aceleraba.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Es una locura.

—Entonces, dime que me vaya y que te deje en paz.

Elise se puso en pie y tomó aire.

—No puedo.

—¿Por qué?

Elise sintió que el pulso se le aceleraba. Estaba al borde de un precipicio e iba a saltar a pesar de que no sabía lo que había abajo. Le daba igual. Lo que más ansiaba en el mundo era que Cole la abrazara.

—No te puedo pedir que te vayas porque quiero que me hagas el amor, por favor, Cole.

Capítulo 7

—¿Estás segura? —preguntó Cole.

—Segurísima —sonrió Elise.

Cole la tomó entre sus brazos y la besó hasta que ambos se quedaron sin aire.

—Vamos a mi habitación, preciosa —le dijo tomándola en brazos.

—¿Por qué me cargas en brazos? —le preguntó Elise sorprendida.

—Porque eso es lo que hacemos los cavernícolas cuando nos llevamos a una mujer a nuestra cueva —sonrió Cole atravesando la puerta que unía ambas habitaciones.

—Creía que la llevabais del pelo —bromeó Elise.

—A veces, pero tú lo tienes muy corto —contestó Cole dejándola en pie junto a su cama—. Además, lo tienes muy bonito y, sobre todo, lo último que quiero es hacerte daño.

Dicho aquello, la besó en la frente, en los ojos y en la punta de la nariz antes de apoderarse de su boca.

—Quiero besarte por todo el cuerpo, preciosa —le dijo con la voz tomada por la emoción.

A continuación, fue bajando por el cuello de Elise, por su escote y fue desabrochándole los botones del vestido.

—Eres perfecta —le dijo apartando la tela—. ¿Te gusta? —le preguntó acariciándole los pezones.

—Me encanta que me acaricies —contestó Elise acariciándole los hombros y el torso—. Llevo queriendo hacer esto desde esta mañana en la piscina.

Su delicadeza hizo que Cole se endureciera.

—Me encanta.

—Ya lo veo —contestó Elise mirando hacia abajo y fijándose el bulto de la entrepierna de Cole.

—Es imposible esconderlo —contestó él chasqueando la lengua.

A continuación, deslizó el vestido por sus hombros y dio un paso atrás para mirarla. Cuando miró a Elise a los ojos, le pareció algo vulnerable, algo que jamás hubiera parecido posible en ella.

—Eres preciosa, Elise.

—Tú tampoco estás nada mal —contestó Elise poniéndole la mano en la mejilla.

Cole la abrazó con fuerza. Cuando sintió sus pechos apretados contra su torso, un escalofrío de deseo lo recorrió de pies a cabeza. Sentir las manos de Elise arriba y abajo por la espalda y por los costados era el paraíso y el infierno a la vez.

Cuando recorrió la cinturilla de sus calzoncillos con sus dedos, Cole sintió que el corazón se le aceleraba.

—Creo que será mejor que nos tumbemos porque me van a empezar a fallar las rodillas —le propuso besándola—. Ahora mismo vuelvo.

Volvió al cabo de unos segundos con una caja de preservativos que dejó en la mesilla. A continuación, se tumbó junto a Elise y la besó emocionado.

Elise le pasó los brazos por el cuello y se entregó a los besos, olvidando que Cole era un agente de la ATF y de que ella trabajaba para el FBI. Aquella noche eran solamente un hombre y una mujer explorándose el uno al otro, explorando la atracción que ya no podían seguir negando.

Elise abrió los labios, Cole deslizó la lengua en el interior de su boca y Elise sintió que el deseo recorría su cuerpo en espirales y llegaba hasta su bajo vientre.

Cole le acarició un pecho y aquella delicada caricia hizo que Elise se estremeciera. Cuando deslizó la mano hacia su cintura y un poco más abajo, Elise gimió y se revolvió excitada.

Cole deslizó la mano lentamente hasta su rodilla y volvió a subir por la parte interna del muslo. Elise se estremeció cuando Cole le acarició la cinturilla de las braguitas. Ella también quería explorar su cuerpo, así que le acarició el cuello y los hombros.

Era tan excitante tocar aquel cuerpo maravilloso y masculino como que él la tocara a ella.

Cole se estremeció a medida que Elise fue deslizando las palmas de las manos por su espalda hasta la cinturilla de sus calzoncillos. Cuando metió las manos por debajo de la tela y le agarró las nalgas, gimió de placer.

—Me estás matando —jadeó metiendo él también los dedos por las braguitas de Elise—. Levanta las caderas.

Elise así lo hizo y Cole le quitó las bragas en un rápido movimiento. A continuación, levantó él también las caderas para que Elise pudiera quitarle los calzoncillos. Cuando sintió su cuerpo duro y musculoso contra el suyo, Elise sintió una corriente eléctrica que atravesaba todas las terminaciones nerviosas de su organismo.

Cole comenzó a recorrer su piel, depositando besos desde su escote hasta sus pechos mientras deslizaba una mano entre sus piernas y comenzaba a acariciarle el vello púbico. A continuación, se metió un pezón en la boca y comenzaba succionarlo lentamente mientras le separaba los labios vaginales y acariciaba el centro de su feminidad.

Elise pensó que no iba a poder aguantar tanto y tan exquisito

placer. Deseosa de darle todo lo que estaba recibiendo, alargó el brazo y tomó en su mano su erección. Cole gimió de placer.

—No pares —le dijo sonriendo—. Bueno, creo que será mejor que pares —añadió cuando Elise comenzó a masturbarlo.

—¿Pero no me habías dicho que no parara? —bromeó Elise con la respiración entrecortada.

Cole deslizó entonces un dedo en el interior de su cuerpo y Elise gritó de placer.

—Cole…

—Dime lo que quieres —le susurró Cole al oído.

—A ti.

Cole la besó con ternura, con tanta ternura que a Elise se le saltaron las lágrimas, alargó la mano en busca de un preservativo, se lo colocó, la tomó entre sus brazos, le separó las piernas con la rodilla y, sin dejar de mirarla a los ojos, se colocó sobre ella.

El cuerpo de Elise le dio la bienvenida cuando Cole se adentró en él lenta y cuidadosamente.

—Qué gusto, preciosa —jadeó con la mirada clavada en sus ojos—. Qué prieta estás… no sé lo que voy a poder aguantar… ¿estás bien?

—Estoy… fenomenal —contestó Elise abrazándolo.

Al rotar las caderas, sintió como Cole entraba más dentro todavía y lo oyó gemir mientras comenzaba a moverse lentamente. Elise se mordió el labio inferior para no gritar. La consideración que Cole le estaba demostrando, el cuidado con el que se movía dentro de ella hizo que Elise se emocionara, pues nunca nadie la había cuidado tanto.

Cole comenzó a moverse más aprisa, las embestidas eran cada vez más rápidas y Elise sintió que iba irremediablemente hacia el orgasmo. Su cuerpo quería estar más unido al de Cole, quería absorberlo por completo. Nunca había tenido aquella sensación haciendo el amor, nunca había sentido que su cuerpo y el de la otra persona se unieran, que entre ellos no hubiera límites.

Al llegar al clímax, Elise sintió que el bajo vientre se le tensaba hasta casi dolerle de manera insoportable y, un momento después, la espiral de placer se desencadenó y varias oleadas recorrieron su cuerpo. Casi inmediatamente, Cole se tensó también y se dejó ir, arrastrado por la fuerza de su propio orgasmo.

Cuando hubo pasado la tormenta, se dejó caer sobre Elise y apoyó el rostro en su cuello. Elise lo abrazó, sintió el calor que emanaba de su cuerpo y se dio cuenta de que, aunque había intentado luchar contra ello, aunque había intentado negárselo a sí misma, lo cierto era que se había enamorado de Cole.

—Perdona, peso mucho —se disculpó Cole.

—No… estoy… bien —contestó Elise haciendo un gran esfuerzo para no llorar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Cole, que había detectado algo en su voz—. ¿Te he hecho daño?

—No —contestó Elise sintiendo que una lágrima le resbalaba por la mejilla.

—Entonces, ¿qué te ocurre, cariño? —le preguntó Cole apartándole un mechón de pelo de la cara.

Elise tragó saliva e intentó sonreír.

—Ha sido muy bonito.

Cole sonrió también.

—Sí, ha estado bien, pero te deseaba tanto que no he podido ir más despacio. Me hubiera gustado tomarme más tiempo. Te prometo que la próxima vez será mejor —le dijo besándola en la punta de la nariz.

—¿Mejor?

—Mucho mejor —sonrió Cole tumbándose boca arriba.

De repente, casi inmediatamente, dio un respingo y se incorporó.

—¡Dios mío!

Alarmada, Elise se incorporó también.

—¿Qué te pasa?

—El preservativo se ha roto —anunció Cole cerrando los ojos y tomando aire—. Por favor, dime que estás tomando la píldora —imploró abriéndolos de nuevo.

—No, no la estoy tomando. ¿Para qué? No he vuelto a acostarme con nadie desde…

—¿Desde cuándo?

Elise se sonrojó. Lo cierto era que no había contado con tener que hablar de su vida amorosa, o más bien de la carencia de ella, justo después de haber tenido en la experiencia sexual más increíble de su vida.

—Me temo que no tengo mucha experiencia. No he vuelto a acostarme con nadie desde la universidad.

De repente, se dio cuenta de la gravedad de la situación y se mordió el labio inferior. ¿Y si se quedaba embarazada?

Cole debió de sentir su preocupación porque la abrazó con fuerza.

—Lo siento. No ha sido mi intención interrogarte —se disculpó besándola—. Ahora sabemos que, si te quedas embarazada, no habrá duda sobre quién es el padre.

—No creo que me quede, no creo que haya muchas posibilidades —contestó Elise rezando para que así fuera.

—Supongo que tienes razón —contestó Cole tomándole el rostro entre las manos—, pero quiero que sepas que, si te quedas embarazada, estaremos juntos. Estaré a tu lado.

Elise vio sinceridad en sus ojos, pero no pudo evitar preguntarse si Cole estaría allí solamente para cumplir con la responsabilidad económica o si también la ayudaría a la hora de tomar decisiones sobre el colegio o sobre la disciplina en casa. ¿Se vería sola en su papel de madre y tendría que compaginarlo con su carrera como agente del FBI?

Elise cerró los ojos y se dijo que no era el momento de hacerse preguntas sobre un tema que, probablemente, jamás se diera.

—¿Me pasas el camisón, por favor?

—¿Por qué? —le preguntó Cole sorprendido.

—Porque creo que sería mejor que volviera a mi habitación.

—Pues yo, no. Ahora, lo último que necesitas es quedarte sola. Te pasarías el resto de la noche preocupándote sobre lo que podría suceder —contestó Cole tomándola entre sus brazos—. Ya no podemos hacer nada, cariño, así que es mejor no pensar en ello —añadió besándola con ternura—. Prefiero que te quedes a dormir conmigo.

Elise se sentía muy segura entre sus brazos, le gustaban sus caricias y sus palabras y lo cierto era que no se quería mover de allí y, además, Cole tenía razón, probablemente se pasaría toda la noche despierta pensando en lo que podría pasar cuando, en realidad, lo que quería era abrazarlo y dormir con él.

—Aunque me quede a dormir contigo, necesito mi camisón.

Cole negó con la cabeza y Elise sintió que el deseo volvía a apoderarse de ella.

Elise se irguió en la silla y estudió la columna de cifras de la empresa Mercado Trucking. Llevaban mercancías de la Superior Produce Company a Mezcaya. Hasta ahí todo correcto. Mercado Trucking era la empresa de trasportes más grande de Corpus Christi y Superior Produce era la única empresa de productos agrícolas en aquella zona.

Aparentemente, todo en orden, pero la enorme cantidad de dinero que Superior Produce estaba perdiendo en concepto de productos deteriorados no le cuadraba. ¿Por qué iba a querer una empresa continuar exportando productos cuando tres cuartas partes de ellos llegaban deteriorados?

No tenía sentido, a menos que…

Elise sonrió.

—Ya lo tengo.

—¿Qué dices? —le dijo Cole desde la puerta que unía sus habitaciones.

Segura de que había encontrado lo que estaba buscando, Elise escribió las cifras y apagó la calculadora. Llevaba trabajando todo el día y necesitaba descansar.

—Estaba hablando sola —contestó yendo hacia la habitación de Cole.

—Creía que habías encontrado el vínculo entre las armas y los Mercado —sonrió Cole indicándole que se sentara en la cama junto a él.

—Como que te lo iba a contar de haber sido así —se rio Elise.

Tenían un acuerdo tácito y mantenían su relación personal separada de la laboral. Seguían sin compartir información y Elise no creía que fueran a compartirla nunca porque ella estaba investigando sobre el papel y Cole prefería recolectar pruebas físicas.

—¿Qué te parece si pedimos la cena al servicio de habitaciones y nos quedamos aquí?

—¿No quieres ir al club de campo? —contestó Elise perdiéndose en su *sexy* mirada.

—Me he pasado todo el día en el club, siguiendo a Mercado del campo de golf a la sala de billares y luego a la de póquer. Ya estoy harto de ese sitio.

—¿Y has descubierto algo?

—Sí.

—¿Qué?

—Cuánto te echo de menos —contestó Cole besándola en la frente —. No he podido parar de pensar en la promesa que te hice ayer.

—¿Qué promesa?

¿Acaso le iba a decir que había cambiado de parecer y que, si se había quedado embarazada, no estaría a su lado?

—¿No te acuerdas? —sonrió Cole—. Te dije que la próxima vez que hiciéramos el amor iba a ser mucho mejor —añadió acariciándole la espalda.

—¿No quieres ir a ver los fuegos artificiales? Esta noche son los últimos… —objetó Elise estremeciéndose de placer.

—Prefiero quedarme aquí creando fuegos artificiales contigo.

Cuando los labios de Cole se apoderaron de su boca, Elise olvidó los fuegos artificiales del club de campo y Cole se encargó, efectivamente, de que los viera al llegar al orgasmo.

Capítulo 8

La tarde siguiente, Cole condujo hasta la zona oeste de Mission Creek, donde había varios almacenes abandonados. Llevaba dos días queriendo pasarse por allí, pero había estado muy ocupado interrogando a todos los empleados del club que tenían acceso al cobertizo de mantenimiento donde se habían encontrado las armas.

Tenía la corazonada de que alguien había llevado esas armas al club de campo con intención de distraerlos sobre el verdadero escondite. Lo único que tenía que hacer era encontrar pruebas que apoyaran su teoría.

Cole aparcó su monovolumen frente a cuatro almacenes que parecían abandonados hacía años. A continuación, los recorrió. Todo parecía en orden. Habían crecido arbustos en las puertas y la mayor parte de las ventanas de los dos primeros almacenes estaban rotas.

Sin embargo, al doblar la esquina del segundo edificio, se paró en seco. Un rayo de sol que reflejaba en las enormes puertas de entrada llamó su atención y su instinto investigador se puso en alerta. El metal estaba cubierto de óxido, pero brillaba algo alrededor de los pomos.

Mientras caminaba y recorría la distancia entre los dos edificios, se fijó en varias cosas. Para empezar, en que había huellas de neumáticos que llevaban hacia las puertas y, a juzgar por la hendidura que se había quedado marcada en la tierra, el vehículo que las había hecho iba bien cargado.

Cole se arrodilló y llegó a la conclusión de que había sido un camión con tráiler. Se puso en pie y continuó observando las puertas del almacén. Lo que brillaba alrededor de los pomos era una gruesa cadena que alguien había asegurado con un candado. Ambas piezas eran nuevas.

Cole tocó con el pie uno de los arbustos que había delante de la puerta y se dio cuenta de que no estaba enraizado. Alguien lo había colocado allí de pega.

Cole caminó el perímetro del edificio y encontró varias colillas que no parecían tener mucho tiempo, sonrió ante su hallazgo, se agachó, se sacó una bolsa de plástico del bolsillo y con mucho cuidado para no tocarla introdujo una de las colillas dentro con la intención de mandarla al laboratorio y ver a quién pertenecía.

Tenía la sensación de que iba por buen camino. Se jugaba el cuello a que aquél era el verdadero escondite de las armas. Tras volver al monovolumen para buscar su cámara de fotos digital, hizo varias fotografías de las huellas de los neumáticos, de la puerta y del exterior

del edificio.

Ahora, lo único que le quedaba por hacer era averiguar de quién era propiedad aquel almacén y conseguir una orden de registro.

Mientras iba de vuelta a la ciudad, se dio cuenta de que aquel descubrimiento le dejaba un gusto amargo en la boca, pues, aunque era cierto que aquello significaba que estaba a punto de resolver el caso, también significaba que estaba a punto de terminar su relación con Elise.

Cole sintió que el estómago le daba un vuelco ante la idea de no tenerla, de no poder estrecharla entre sus brazos todas las noches o de no poder levantarse por las mañanas y ver su precioso rostro al lado. Cole tomó aire y se preguntó cómo se había encariñado con ella tan pronto.

¿De verdad había comenzado todo una semana atrás cuando había visto a John Valente agarrándola del brazo o había sido antes?

Cuando habían trabajado juntos dos años atrás, Elise le había parecido muy guapa y se había fijado en su maravillosa sonrisa y en sus espectaculares piernas, pero no habían sido capaces de estar en la misma habitación más de diez minutos sin pelearse.

Cole sonrió.

Era cierto que en aquel entonces se había quejado de que tenía una lengua viperina, pero había disfrutado de aquellos encuentros, pues Elise era una mujer rápida e inteligente y un agente federal maravillosa.

De hecho, sus talentos habían sido decisivos a la hora de cerrar el caso de El Paso. El hecho de que Elise fuera agente federal era una bendición y un infierno todo en uno. Por una parte, gracias a su trabajo, se habían conocido y se habían vuelto a encontrar, pero, por otra, también lo llenaba de pánico imaginarse que algún día Elise iba a tener que utilizar su arma o iba a tener que defenderse físicamente de un canalla como John Valente.

¿Y qué ocurriría si él no estuviera cerca para intervenir?

Cole llegó ante el juzgado, aparcó el coche y paró el motor. Se quedó allí sentado varios minutos, decidiendo qué hacer. Lo único que podía hacer para que Elise estuviera a salvo era hacer saltar el caso por los aires, arrestar a los traficantes de armas, y deshacerse con un poco de suerte de la familia Mercado en el proceso, y rezar para que ella estuviera en la habitación del hotel sumando cifras.

Cuando se disponía a bajar del coche, se dio cuenta de la hora que era. El juzgado ya estaba cerrado. Iba a tener que esperar hasta el día siguiente para hablar con el funcionario y averiguar quién era el propietario del almacén.

Hasta entonces, lo que iba a hacer era volver al hotel, tomar a Elise entre sus brazos y hacerle el amor hasta colapsar ambos de cansancio.

Elise miró los números que tenía delante en la pantalla de la calculadora. Ya no tenía duda de que las dos empresas de la familia Mercado estaban involucradas de alguna manera en el tráfico de armas. Podía ser que una de ellas transportara las mercancías y la otra blanqueara el dinero de las ventas. Superior había estado utilizando la empresa de transportes para mandar frutas y verduras a Mezcaya de manera regular, pero todavía no tenía beneficios.

Según las facturas de la empresa, llevaban plátanos, café y azúcar y la gran pregunta era: ¿qué demonios hacía Superior importando aquellos productos a un país que era uno de los mayores productores de esos mismos productos del mundo?

¿Cómo podía demostrar el vínculo que había entre las empresas de la familia Mercado y las armas automáticas que había en Mezcaya?

Necesitaba saber qué había en aquellos camiones y la única manera que se le ocurría de conseguir saberlo era estar presente cuando llegara el siguiente cargamento.

Elise tamborileó con el bolígrafo sobre la superficie de la mesa mientras comprobaba las fechas en los libros de contabilidad de la empresa de transportes. Si eran correctas, debía llegar otro cargamento a Mezcaya aquella misma semana.

Elise tomó aire y descolgó el teléfono. Iba a tener que consultarles a sus superiores para realizar el viaje, pero no creía que fuera a haber ningún problema. Su jefe le había dicho que hiciera lo que fuera necesario para resolver el caso.

Una hora después, colgó el teléfono sonriendo muy satisfecha. Ya tenía billete de avión. Se iba en dos días con dirección a Mezcaya.

En cuanto llegara allí, se encontraría con un agente de incógnito en el aeropuerto que le serviría de guía y de intérprete. Esa misma persona la llevaría a la selva, donde creían que había fuertes contactos con los terroristas de El Jefe. Una vez allí, Elise se haría pasar por una compradora de una compañía de exportación que estaría buscando cestos, cerámica y otros productos hechos a mano por los artesanos de la zona.

Se suponía que no iba hacer nada durante su estancia en Mezcaya, sólo mantener los ojos y los oídos bien abiertos para ver si podía averiguar qué transportaban realmente los camiones de Superior Produce.

Disponía de tres días para averiguar todo lo que pudiera antes de

volver a Mission Creek y darle la información al grupo de operaciones especiales, que serían los encargados de vigilar a los sospechosos, de montar el caso y, llegado el momento, de arrestarlos.

Sólo le quedaban tres cosas por hacer. Las dos primeras eran fáciles. Para empezar, llamar al banco e indicarles que descongelaran las cuentas de Ricky Mercado, pues era obvio que no tenía nada que ver con el tráfico de armas, y, luego, llamarlo a él para decirle que podía seguir adelante con su vida.

La tercera no iba a resultar tan fácil. ¿Cómo le iba a decir a Cole que se iba? Elise sospechaba que, en cuanto le dijera que se iba a Mezcaya, se pondría en plan cavernícola y le diría que no fuera o insistiría en ir con ella y, aunque estaba encantada de dormir con él todas las noches, aunque le encantaba que la abrazara, no quería que la acompañara a Centroamérica.

Elise suspiró y se arrellanó en su silla. Además, necesitaba pasar tiempo alejada de él, necesitaba estar un tiempo sola para hacerse a la idea de que podía estar embarazada.

Elise se puso en pie, se acercó a su bolso y sacó un calendario. No le tocaba empezar el período hasta la semana siguiente. Todavía era muy pronto para comprar una de esas pruebas de embarazo que se hacían en casa.

Pero había algo en su interior que le decía que no le hacía falta hacer la prueba. Había algo que le decía que, aunque era casi imposible, estaba embarazada.

Elise se tocó la tripa. ¿Y cómo se lo iba a decir a Cole? ¿Qué haría él? ¿Querría casarse con ella?

Elise se mordió el labio inferior y se dio cuenta de que estaba temblando. De ser así, de querer Cole casarse con ella, ¿cómo sabría que quería hacerlo porque quería ser su esposo o única y exclusivamente sintiéndose obligado por el bebé?

Pasara lo que pasara, se casara con él o fuera madre soltera, iba a tener que revisar sus objetivos, pues le iba a resultar imposible compaginar la maternidad y el trabajo al ritmo que llevaba en aquellos momentos.

—¿Qué te pasa, cariño? Estás muy seria —le dijo Cole entrando en la habitación.

Elise se dijo que estaba hecha una agente de pacotilla. Cole había abierto la puerta que comunicaba sus dos habitaciones y ella ni siquiera se había dado cuenta.

Elise le pasó los brazos por el cuello y decidió que ya tendría tiempo de pensar en lo que quería hacer durante el vuelo con destino a Mezcaya. En aquellos momentos, lo único que quería era disfrutar

del presente.

—No me pasa nada, cavernícola —contestó poniéndose de puntillas y besándolo en la boca—. Estaba pensando en qué va a decir la señora Cárter si volvemos a pedir cena al servicio de habitaciones y no bajamos al comedor otra vez.

—Seguramente, no dirá nada —sonrió Cole—. Supongo que estará encantada por habernos emparejado.

Elise sonrió encantada.

—¿Y qué vamos a pedir de cena?

—Da igual porque nos va a mandar lo que le dé la gana.

—Es cierto. Yo encargo ensalada todas las noches y ella me pone filete de pollo o de ternera o chuleta de cerdo. Me parece que no está muy al tanto de los pocos beneficios que tienen los fritos, el colesterol y el exceso de peso —comentó Elise frunciendo el ceño—. Voy a tener suerte si no salgo de Mission Creek con diez kilos de más.

—No te preocupes por el peso —la tranquilizó Cole besándola en los labios—. Seguirás siendo deseable peses lo que peses.

Sí, eso decía ahora, pero ¿y si se quedaba embarazada? ¿La seguiría encontrando deseable entonces?

—Tengo hambre —murmuró Cole dándole un beso detrás de la oreja—, pero no me apetece comida.

Elise sintió que la respiración se le entrecortaba al ver el deseo con el que Cole la miraba, al sentir su erección en la tripa. Cole le puso las manos en la zona lumbar y la atrajo hacia sí. A continuación, la besó con tanta delicadeza que Elise sintió que las rodillas le temblaban y tuvo que agarrarse a los fuertes brazos de Cole para no caerse. Cole dibujó sus labios con la lengua y Elise sintió que el deseo se apoderaba de ella.

—Levanta los brazos, preciosa —le indicó Cole agarrándole la camisa.

Elise no protestó, levantó los brazos y dejó que Cole le quitara la prenda. A continuación, deslizó las palmas de las manos por sus hombros, su espalda, sus costados y sus caderas con tanta reverencia que Elise se sintió adorada.

—Me encanta que no lleves sujetador —sonrió Cole.

—Siempre me han parecido instrumentos de tortura —contestó Elise—, sobre todo los de aros.

A continuación, dibujó con el dedo índice la A, la T y la F de la camiseta de Cole.

—Te quedan bien estas camisetas negras —comentó.

—Ya te lo había dicho yo —contestó Cole con la respiración entrecortada.

—Pues tenías razón, cavernícola. Te quedan de maravilla.

—Sí, es verdad que me queda muy bien, pero también estoy estupendo sin ella —bromeó Cole quitándosela.

Cuando sintió su torso desnudo, Elise estuvo de acuerdo. Sentir sus pechos contra sus músculos hizo que lo deseara sobremanera y, cuando Cole inclinó la cabeza sobre su pecho y tomó uno de sus pezones entre los labios, Elise sintió que un reguero de lava ardiente recorría su cuerpo.

Elise posó las manos en el pecho de Cole, sobre sus fuertes pectorales y comenzó a acariciarlo.

—¿Te gusta?

—Me encanta —suspiró Cole.

—Ya me doy cuenta —sonrió Elise, que sentía la bragueta de Cole muy cerca de su cuerpo.

A continuación, deslizó el dedo índice por el centro de su pecho y de sus abdominales hasta llegar al ombligo de Cole. Desde allí, continuó, siguiendo la fina línea de vello que desaparecía bajo la cinturilla de sus pantalones.

Elise le desabrochó el cinturón y jugueteó con el botón de los vaqueros. Cuando lo miró a los ojos, Cole la desafío a que continuara. Cuando así lo hizo, sintió que a él se le contraían los músculos de la tripa. Elise le desabrochó el botón e hizo lo mismo con la cremallera que cubría su abultada erección.

Cole gimió de placer.

—Me va a dar un ataque al corazón —jadeó.

—Entonces, tal vez, debería parar —contestó Elise con la voz tomada por la pasión.

—No me parece buena idea.

—¿Ah, no?

Cole negó con la cabeza.

—Si lo hicieras, me desintegraría y no creo que quisieras cargar con eso sobre tu conciencia, ¿verdad?

—No, claro que no, pero tampoco quiero que tengas problemas de corazón por mi culpa —bromeó.

—Este tipo de dilemas tienen fácil solución —apuntó Cole.

—¿De verdad? ¿Y tú crees que yo voy a tener ese remedio?

—Preciosa, tú eres el remedio a todos mis males, así que no se te ocurra parar.

Elise sintió que el corazón le daba un vuelco, tomó aire y despojó a Cole de los vaqueros y de los calzoncillos con lentitud. Cole le puso las manos en los hombros para no perder el equilibrio mientras Elise se agachaba a su lado. Menos mal que se había quitado las botas antes de

entrar en la habitación. Elise supuso que por eso no lo había oído llegar.

Mientras lo admiraba, se dio cuenta de lo magnífico y lo masculino que era. Desde los hombros, anchos y fuertes, hasta los abdominales bien marcados pasando por un torso maravilloso y, sobre todo, llegando a una erección tan potente que Elise tragó saliva. Saberse la causa de aquel deseo sin medida la hacía sentirse muy poderosa.

—Eres realmente bello —le dijo.

Cole negó con la cabeza y dio un paso al frente.

—Tú sí que eres bella —sonrió acariciándole la mejilla.

Elise cerró los ojos mientras pensaba que, a pesar de que se había esforzado por que no ocurriera, se había enamorado completamente de Cole Yardley. Se había enamorado de él la primera vez que la había besado.

Cuando abrió los ojos, Cole la estaba mirando como si de verdad fuera la mujer más bella del mundo y, queriendo que él la viera a ella como ella lo estaba viendo a él, se quitó los pantalones y las braguitas y las dejó caer sobre el montón de ropa que tenían al lado.

Cole abrió los brazos y Elise lo abrazó sin dudarlo. Quería volver a sentir su cuerpo, quería sentir su piel, su calor, lo deseaba con una ferocidad que la tenía asombrada, se moría por entregarse a él, así que le acarició los costados y las nalgas y tomó su erección entre las palmas de las manos.

—Preciosa, si no dejas de hacer eso… a lo mejor… no puedo volver a andar —bromeó Cole con la voz tomada por el deseo.

—Pues no he hecho más que empezar —contestó Elise besándolo en el pecho, en la tripa y más abajo.

—¿Elise?

—Shh —le dijo justo antes de entregarse a acariciarlo con la boca.

Cole la tomó de los hombros y la levantó para besarla. Elise tuvo la sensación de que el mundo se movía y, al abrir los ojos, comprobó que era porque Cole la había tomado en brazos.

—¿Qué haces? —le preguntó con la respiración entrecortada.

—Te llevo de nuevo a mi guarida —contestó Cole.

Una vez allí, la colocó sobre la cama, abrió un preservativo y se lo puso sin dejar de mirarla a los ojos, presa del deseo. A continuación, se tumbó junto a ella, la colocó de lado y le puso una pierna por encima de la suya.

—Quiero que hagamos el amor cara a cara.

Elise sintió que el corazón le explotaba de amor. Ninguno de ellos iba a tener la postura dominante. Iban a ser iguales a la hora de hacer el amor.

Elise lo guió hasta el interior de su cuerpo y, a continuación, con un movimiento exquisito, Cole hizo que se unieran. Elise sintió que todo su cuerpo chisporroteaba y, al mirar a Cole a los ojos, comprendió que él también estaba sintiendo la intensa energía.

—Mírame —le dijo Cole con la voz tomada por el deseo—. Quiero ver cómo se te iluminan los ojos cuando te doy placer —le dijo tomándole el rostro con una mano—. Quiero saber el momento exacto en el que llegas al orgasmo.

Dicho aquello, comenzó a moverse en el interior de su cuerpo y Elise comenzó a disfrutar. Pronto vio reflejado en los ojos de Cole la misma unidad de sus almas que ella estaba sintiendo y sintió que el corazón se le llenaba de más amor todavía.

Cole no dejó de mirarla a los ojos ni un momento hasta que ambos estuvieron listos para llegar al orgasmo. A pesar de que la tensión era mucha, Elise quería que aquel momento se prolongara, quería saborear la conexión que había entre ellos.

Cole deslizó una mano entre sus cuerpos y comenzó a masturbarla. De repente, el placer fue tan intenso que Elise perdió el control, se escuchó jadear, gemir y gritar mientras oleadas de placer recorrían su cuerpo y ella se entregaba al huracán de sensaciones. Mientras su cuerpo se estremecía, sintió como el de Cole se tensaba, sintió la última embestida y supo que Cole también había llegado al clímax.

Agarrada a sus fuertes brazos mientras volvían a la realidad, Elise se dio cuenta de que amaba a aquel hombre con todo su corazón y, si sus ojos no le engañaban, Cole también sentía algo muy fuerte por ella.

Fue entonces cuando se le ocurrió que no debía haber secretos entre ellos. Dos personas que se quieren no se ocultan nada.

Mientras bostezaba, Elise decidió descansar un poco y, cuando se hubiera despertado del sueño reparador, le contaría que se iba a Mezcaya.

Capítulo 9

Cole sonrió mientras miraba a la mujer que dormía apaciblemente en su cama.

Elise estaba tan guapa y tan dulce que tuvo que hacer un gran esfuerzo para terminar de vestirse e irse. Elise necesitaba descansar y él tenía que volver a su investigación.

Mientras se dirigía al juzgado, pensó en la noche que habían compartido. Habían pasado toda la noche entregándose el uno al otro con tanta pasión que se habían olvidado incluso de cenar.

En algún momento, Elise le había dicho que le quería contar una cosa, pero, entre besos y caricias, lo habían olvidado.

Cole sonrió mientras aparcaba frente al registro de la propiedad. Ya tendrían tiempo aquella noche de hablar de todo lo que fuera necesario. Ahora, de momento, tenía que trabajar. Quería averiguar de quién era el almacén que había descubierto el día anterior, ir a ver al juez y conseguir una orden de registro y, para terminar, registrar los edificios en cuestión.

Veinte minutos después, salía de la oficina del registrador muy satisfecho y sonriente. No se había sorprendido lo más mínimo al enterarse de que Ricky Mercado había comprado aquellos viejos almacenes unos meses atrás. Había sido unas semanas después de volver de Centroamérica.

Sin embargo, mientras esperaba para ver al juez, se preguntó por qué demonios iba Ricky Mercado a comprar aquellos almacenes para esconder armas cuando sabía que tanto el FBI como la ATF lo estaban vigilando.

No tenía sentido. Mercado no era imbécil. Seguro que sabía que lo primero que harían sería registrar sus propiedades. No, no tenía sentido. Demasiado obvio. Cole estaba seguro de que, en cuanto entrara en los almacenes, iba a encontrar un arsenal completo.

Cole frunció el ceño. Eso quería decir que Mercado tenía razón, que alguien estaba intentando jugarle una mala pasada.

Claro que, si Ricky Mercado no era el responsable del tráfico de armas, ¿quién estaba vendiendo armas a El Jefe?

Sólo había una posibilidad.

John Valente.

Cole apretó los puños.

Tenía que encontrar las pruebas que culpabilizaran a aquel canalla.

* * *

Mientras entraba en Mission Creek, Ricky Mercado tamborileaba sobre el volante al ritmo de la música. A pesar de que su vida no iba muy bien, el viaje que había realizado a Nuevo Laredo, al otro lado de la frontera mexicana, había resultado satisfactorio.

No había tardado tanto como creía, había conseguido unos azulejos artesanales preciosos para la cocina y todavía tenía parte de la tarde para montar la nueva barandilla del porche de atrás.

Al llegar junto a los almacenes que había comprado unos meses atrás y ver un monovolumen negro, se quedó helado. Había visto aquel vehículo muchas veces y sabía perfectamente que pertenecía a Cole Yardley.

¿Qué demonios haría Yardley en aquellos viejos edificios? Llevaban años vacíos y dentro de una o dos semanas los demolería para construir almacenes nuevos.

A menos que los agentes federales hubieran descubierto algo que él no sabía, todo aquello no tenía sentido, así que Ricky decidió irse a casa y volver dentro de un rato para averiguar qué le parecía tan interesante a Cole de unos edificios que estaban a punto de desaparecer.

Cole maldijo cuando sonó su teléfono móvil. Debía de ser alguien del despacho de Las Vegas porque eran los únicos que sabían aquel número.

—¿Qué? —contestó.

—Tan simpático como de costumbre —lo saludó Drew Monahan.

—¿Qué pasa? —insistió Cole mirando a su alrededor en aquel almacén enorme y oscuro.

—Uno de nuestros informadores nos ha pasado un dato muy interesante —contestó su compañero poniéndose muy serio.

—¿Qué informador?

—Ángel Sánchez.

Cole se paró en seco. Fuera lo que fuera, sabía que podía fiarse por completo de Ángel.

—¿Qué te ha dicho?

—Nos ha informado de que han ordenado deshacerse de alguien que está demasiado cerca de resolver el caso de Mission Creek —contestó Monahan en tono grave.

Cole sintió que se le formaba un nudo en la boca del estómago. Se trataba de Elise o de él. No le importaba que fueran a por él, no sería

la primera vez en los ocho años que llevaba con la ATF, pero Elise era otra cuestión.

—¿Os ha dicho Ángel quién lo ha ordenado?

—No, hemos hablado con todos los contactos que tenemos desde aquí a Nueva Orleans y lo único que hemos podido averiguar es que la orden procede de fuera de Mission Creek. Seguimos trabajando, pero necesitamos tiempo.

Cole se giró y se dirigió hacia la puerta de salida.

—Gracias, te debo una.

—Me debes unas cuantas, pero no importa. Cuídate, Yardley.

—Claro que sí —contestó Cole terminando la conversación.

A continuación, quiso llamar a Elise, pero su teléfono se quedó sin batería. Con el corazón latiéndole aceleradamente, corrió hasta su coche. Tenía que llegar al hotel cuanto antes para decirle a Elise que no saliera de allí, pues era el lugar donde más segura estaba.

Mientras cruzaba el pueblo en dirección al hotel, se preguntó qué debía decirle. Si le decía que alguien quería deshacerse de uno de ellos y le indicaba que lo mejor era que permaneciera encerrada en su habitación, había muchas posibilidades de que Elise le dijera que se fuera al garete o, todavía peor, que cogiera su pistola y fuera a buscar a quien había ordenado el golpe.

Aquel pensamiento hizo que a Cole se le helara la sangre en las venas. No, no podía decirle que le dejara las cosas a él. Eso sería lo peor que podría hacer. Claro que, si no la advertía y le sucedía algo, jamás se lo perdonaría.

Cole decidió que había llegado el momento de pedir refuerzos, así que se dirigió la oficina del *sheriff* para alertar a Wainwright de lo sucedido.

Una hora después, Cole salía de la oficina del *sheriff* algo más tranquilo. Wainwright le había dicho que iba a mandar a un policía de incógnito al hotel. Por lo visto, un veterano con quince años de experiencia en el escuadrón de Houston, un hombre llamado Jack Bennett, que acababa de unirse al departamento de Mission Creek y todavía no lo conocían demasiado.

El plan era que aceptara el trabajo como jefe de mantenimiento que la señora Cárter ofrecía en el hotel. La idea era que se quedara a vivir en el hotel alegando que no había podido encontrar casa todavía.

Cole sabía que el plan no era perfecto, pero era mejor que nada.

Elise se mordió el labio inferior mientras se preguntaba cómo le iba decir a Cole que se iba a Mezcaya a primera hora de la mañana del

día siguiente.

Se lo dijera como se lo dijera, estaba segura de que no le iba a hacer ninguna gracia. Elise suspiró, pues sabía que aquello iba a terminar en una enorme discusión y, aunque lo quería mucho, no iba a permitir que Cole le dijera lo que tenía que hacer.

Elise pensó que, tal vez, si preparaba algo especial para aquella noche, encontraría el momento perfecto para decirle que se iba y conseguiría que Cole se mostrara un poco más comprensivo.

Así que habló con la señora Cárter porque sabía que era una mujer de lo más romántica y, efectivamente, la ayudó a preparar una noche especial que Elise esperaba que Cole disfrutara.

Cuando Cole entró por la puerta que comunicaba sus habitaciones una hora y media después, la señora Cárter y ella lo tenían todo preparado en el jardín y Elise se había puesto un precioso vestido verde.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó viendo que Cole parecía preocupado—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí —contestó Cole encogiéndose de hombros, tomándola entre sus brazos y besándola—. ¿Y tú qué tal, preciosa?

—Más o menos —contestó Elise—. Te quiero enseñar una cosa. Vamos al jardín —añadió esperando a que Cole se quitara la funda en la que llevaba la pistola, como solía hacer cuando llegaba por las noches—. ¿No vas a dejar la pistola? —le preguntó extrañada al ver que no lo hacía.

—No, hoy no —contestó Cole—. A lo mejor… me tengo que ir dentro de un rato.

—¿Tienes alguna pista? ¿No querrás, por casualidad, compartirla conmigo?

—No.

—Entonces, vamos al jardín —insistió Elise agarrándolo de la mano.

Cuando pasaron junto al mostrador de recepción, Elise vio que la señora Cárter estaba hablando con un hombre al que no había visto nunca.

—Toma la llave —le dijo la propietaria del hotel, que había acordado con ella que Elise se encargaría de cerrar la puerta de acceso al jardín una vez que Cole y ella estuvieran fuera para asegurar un espacio íntimo—. Por cierto, les presento a Jack Bennett, el nuevo jefe de mantenimiento. Ya le he dicho que tiene que arreglar la cerradura de la puerta que hay entre sus dos habitaciones mañana por la mañana.

Cuando la señora Cárter terminó con las presentaciones, Elise

sonrió. No le iba a decir que, aunque la cerradura estuviera reparada, Cole y ella no la iban a utilizar.

—Encantada de conocerlo, Jack.

—Por cierto, ¿le importaría reparar también la cadena de seguridad de mi puerta? —le dijo Cole estrechándole la mano—. Está un poco suelta y creo que también iría bien que repasara la de la habitación de la señorita Campbell.

—Muy bien —contestó Jack.

—Que se diviertan —los despidió la señora Cárter con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué ha dicho eso? —le preguntó Cole a Elise mientras salían al jardín.

—Ya lo verás —sonrió Elise cerrando la puerta con llave.

—¿Qué haces? —se alarmó Cole.

—Relájate, cavernícola. Es sólo para que no nos interrumpan.

—No me gusta la idea de que nos quedemos encerrados dentro —insistió Cole mirando a su alrededor.

—Me parece que no has tenido un buen día —comentó Elise avanzando por el camino de tierra.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Cole siguiéndola.

—Porque estás más tenso que de costumbre —contestó Elise girándose hacia él y besándolo—. ¿Por qué no intentas relajarte un poco, por favor?

—Está bien —sonrió Cole—. Si me lo pides así…

El sol se estaba poniendo y el jardín estaba en penumbra. Elise sonrió mientras subía los escalones que conducían al arce. La señora Cárter le había sugerido que pusiera velas porque iban a resultar perfectas.

—¿Qué es esto? —preguntó Cole observando la cesta del *picnic*.

—Una cita, señor Yardley.

—Pero…

—Es evidente que has tenido un día duro y te tienes que relajar —lo interrumpió Elise poniéndole el dedo índice sobre los labios.

Mientras la miraba, Cole pensó que había tenido un día realmente duro, pero no se podía permitir el lujo de relajarse. La vida de uno de ellos estaba en peligro y debía mantenerse alerta.

—Anda, siéntate en el balancín mientras enciendo las velas —le sugirió Elise tomando una caja de cerillas.

Cole se sentó en el columpio y se dijo que no tenía más remedio que vivir lo que Elise había preparado. Eso sí, estando muy alerta de todo lo que ocurriera.

—¿Y cómo es que se te ha ocurrido todo esto? —preguntó Cole

admirando cómo la tela del vestido de Elise marcaba sus maravillosas curvas.

—Se me ocurrió que estaría bien para cambiar un poco —sonrió Elise.

Mientras observaba cómo apagaba la cerilla, Cole se dio cuenta de que la había besado y le había hecho el amor, pero no la había cortejado ni una sola vez, no le había demostrado lo especial que era para él.

—Ven aquí, preciosa —le dijo tomándola de la cintura.

—Veo que ya te has puesto otra vez en plan cavernícola —sonrió Elise sentándose en su regazo.

—Se me da muy bien —sonrió Cole—. Además, te pasas el día diciéndome que soy un cavernícola, así que ya me lo creo y todo.

Elise le pasó el brazo por los hombros y le acarició la mandíbula.

—En eso, estamos completamente de acuerdo. Hacer el cavernícola se te da realmente bien.

—A veces, hacer el cavernícola tiene sus ventajas —comentó Cole besándola en el cuello.

—¿Qué ventajas son ésas?

Cole sintió que Elise se estremecía mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Todos sabemos que, cuando un cavernícola se lleva a una mujer a su cueva, es para hacerle el amor.

—Admito que eso también se te da muy bien —suspiró Elise.

—Sólo contigo, preciosa —le aseguró Cole mirándola a los ojos—. ¿Tienes idea de lo especial que eres?

—No, yo no soy especial. El que eres especial eres tú.

—No, yo soy el que ha tenido la suerte de que tú te fijaras en mí —contestó Cole besándola en la boca—. Eres la mujer más divertida y apasionada que conozco y te juro que tengo adicción a tus besos —añadió apoderándose de sus labios.

Cuando sus lenguas entraron en contacto, Cole se encontró sintiendo un escalofrío de pies a cabeza y excitándose sobremanera.

Ninguna mujer lo había excitado nunca tanto. A Elise le bastaba con sonreírle o con acariciarlo para que las hormonas de Cole se revolucionaran.

Podría haber recuperado la compostura si se hubiera mostrado pasiva y hubiera aceptado sus besos sin hacer nada, pero, cuando le sacó la camisa de los vaqueros y deslizó la palma de la mano sobre su tripa y hacia arriba hasta llegar a su corazón, Cole se olvidó de los gorilas y del peligro que ambos corrían. Lo único que sentía eran los dedos de Elise tocándolo, explorándolo.

No podía pensar.

—Si no paras, te juro que no soy responsable de lo que suceda —le advirtió.

—Muy bien —sonrió Elise.

Cole cerró los ojos. La tentación de tomarla allí mismo era muy fuerte. Cuando Elise le desabrochó la hebilla del cinturón, Cole sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes.

—¿Qué haces? —preguntó alarmado viendo que Elise tenía muy claro lo que quería—. No me parece… buena idea…

—Tienes razón, no es una buena idea —contestó Elise bajándole la cremallera—. Es una idea genial —sonrió.

Cole intentó pensar en una sola razón por la que Elise estuviera equivocada y no se le ocurrió ninguna, así que dejó de intentar pensar. Hacer el amor con Elise se había convertido en algo tan natural como respirar.

Capturó sus labios y volvió a besarla, dejando que Elise saboreara su necesidad, su hambre. A continuación, le acarició la rodilla y el muslo y deslizó la mano en el interior de sus braguitas. Allí encontró su clítoris y lo acarició con infinito cariño.

Al ver que estaba húmeda y preparada, Cole sintió que el corazón le latía aceleradamente. Elise elevó las caderas para que Cole le quitara las braguitas de seda y encaje. Aquella completa confianza en él lo emocionó. Cuando Elise acarició su erección por encima de los calzoncillos, Cole apretó los dientes con tanta fuerza que pensó que le iban a tener que llevar al dentista para separarle las mandíbulas.

—Será mejor que pares.

—¿Por qué? —preguntó Elise con la voz tomada por el deseo.

—Porque, si sigues haciendo eso, no voy a durar nada —contestó Cole abriendo los ojos y agarrándola de las manos—. Dame un momento.

Dicho aquello, buscó su cartera y sacó un preservativo. Tras quitarse los calzoncillos y ponérselo, tomó a Elise entre sus brazos y la sentó a horcajadas sobre él de manera que la falda de su vestido tapaba lo que estaba ocurriendo por debajo.

Elise se sentó sobre su erección y Cole sintió que había encontrado su otra mitad. Al instante, el pecho se le llenó de un sentimiento que no supo identificar y en el que prefería no pensar.

Sentir a Elise alrededor de su pene y ver la pasión reflejada en sus ojos color esmeralda no lo dejaba pensar en nada, sólo en la necesidad de volver a hacerla suya. Gracias al suave movimiento del balancín, sus cuerpos comenzaron a moverse rápidamente al unísono y, en un abrir y cerrar de ojos, ambos estaban llegando al orgasmo.

Cuando Cole sintió que Elise se tensaba, comprendió que había llegado al orgasmo y la siguió poco después, dejando que su cuerpo se estremeciera. Cole tenía la respiración entrecortada, cerró los ojos y la abrazó con fuerza.

Se habían arriesgado mucho haciendo el amor al aire libre. Si le hubiera sucedido algo, jamás se lo habría perdonado, así que la besó con emoción, con todo aquel sentimiento que estaba sintiendo pero que no podía expresar y, a continuación, le indicó que se pusiera en pie.

—Vámonos a mi habitación —propuso recogiendo la cesta con el *picnic* y agarrando a Elise de la mano—. Quiero hacerte el amor lentamente y en el columpio es imposible.

—A mí me ha encantado hacerlo en el columpio —sonrió Elise de manera picarona.

—Y lo que vamos a hacer en mi habitación te va a encantar también —le prometió Cole besándola.

Quería estar dentro porque le parecía más seguro y, además, quería amarla de ciertas maneras que el columpio no permitía.

Capítulo 10

Ricky pensó que no era buena idea que vieran su furgoneta aparcada en los almacenes el mismo día que Yardley había estado por allí, así que la dejó en el aparcamiento de Mercado Trucking.

Benito Pascal estaba acostumbrado a que Cole dejara allí su Chevrolet cuando se iba de viaje. Claro que eso había sido antes de que dejara oficialmente la familia y comenzara a intentar llevar una vida normal. En cualquier caso, seguramente, a Benito le daría igual. Supondría, como todos los demás, que no era cierto que Ricky hubiera dejado la mafia y que había ido a hacer algo en nombre de Valente.

Pero eso no iba a volver a suceder jamás.

Ricky abrió la guantera y sacó una linterna, se la guardó en el bolsillo y comenzó a andar el kilómetro que había hasta los almacenes. Tuvo mucho cuidado de esconderse bien cuando pasó junto a la gasolinera y, cuando llegó al camino de grava que llevaba hasta los almacenes, el sonido de sus propios pasos lo asustó.

¿Qué demonios le sucedía? Nunca se había asustado con facilidad. Ni siquiera cuando se había visto en mitad de la selva, de una selva habitada por la guerrilla, en una noche cerrada y oscura.

Lo que le sucedía era que tenía la sensación de que alguien lo estaba siguiendo, de que lo estaban vigilando.

Ricky se paró y miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Se paró ante el primer almacén, que no tenía puerta, e iluminó el interior con su linterna. Lo único que vio fue a un armadillo y lo dejó en paz.

Con la sensación de que lo seguían, Ricky avanzó hacia el segundo almacén, alerta a cualquier movimiento, a cualquier ruido que le indicara que había alguien observándolo desde las sombras.

Estaba abriendo la puerta del almacén para alumbrar con la linterna cuando oyó un ruido sordo y sintió un horrible dolor en la nuca.

—Despierta, imbécil.

Alguien lo abofeteó varias veces. Ricky sintió un terrible dolor.

—¿Quién… quién… demonios… eres…? —contestó consiguiendo abrir los ojos.

Sin embargo, los párpados se le volvieron a caer y le supuso un gran esfuerzo volver a abrir los ojos. El dolor volvió a aparecer cuando su interlocutor lo golpeó de nuevo.

—Maldita sea, te he dicho que te despiertes —le gritó.

Ricky percibió el aliento fétido y sintió náuseas. Al abrir los ojos, la habitación le dio varias vueltas. No veía con claridad. Cuando

consiguió concentrarse en el rostro que tenía ante sí, se encontró mirando a un par de ojos fríos como el hielo, unos ojos que no había visto nunca, unos ojos azules, los ojos de un asesino.

—¿Por qué no lo matas y terminamos? —preguntó una voz a espaldas de Ricky.

Así que eran matones. ¿Quién los habría pagado para terminar con él y por qué? Ricky intentó girarse para ver quién era el otro hombre, pero no se podía mover. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el que tenía detrás lo tenía sujeto de los brazos. Así, se dio cuenta de que el tipo era más bajito que él. Sin embargo, cuando intentó zafarse, comprobó que también era muy fuerte.

Ricky volvió a concentrarse en Ojos Fríos, que era un tipo de su altura y de su complexión y que parecía estar en muy buena forma física.

—¿Quién os ha pagado? —les preguntó.

Necesitaba tiempo para dilucidar cómo iba a salir de allí. De lo contrario, era hombre muerto.

—Eso da igual —contestó Ojos Fríos dándole un puñetazo en la mandíbula—. Los instrucciones son que te destrocemos la cara antes de matarte —añadió lanzándole otro golpe a la boca y a la nariz.

Ricky sintió que tenía el labio partido y pronto sintió que la sangre le resbalaba desde la nariz a la boca.

—¿Y os ha dicho por qué me quiere ver muerto?

—¿Qué más da? —contestó Bajito—. Nos ha pagado muy bien y eso es lo único que nos importa.

Ricky intentó zafarse de él. Si no lo conseguía, y rápido, iban a terminar con él. Viendo que Ojos Fríos le iba a volver a golpear, movió la cabeza. Al fallar, su raptor se enfureció sobremanera y, acercándose a él, le dio un puñetazo en la boca del estómago.

Aquel golpe hizo que Ricky se doblara por la mitad, momento en el que Bajito lo soltó. Cuando aterrizó en el suelo a cuatro patas, Ojos Fríos le dio una patada en el costado. Ricky apretó los dientes ante el dolor y esperó. Cuando el matón fue a darle otra patada, lo agarró de la bota y lo tiró hacia atrás. Cuando el hombre cayó de espaldas al suelo, Cole se puso en pie, se acercó a él y le dio un puñetazo en el estómago. A continuación, intentó ponerse en pie mientras Ojos Fríos recuperaba la respiración, pero Bajito lo golpeó en la espalda con algo que hizo que Ricky viera las estrellas. Aun así, consiguió girarse y golpear a Bajito en la cara, lanzándolo varios metros hacia atrás, sobre un montón de maderas.

Aunque le dolían los nudillos, pues le había volado la dentadura, Ricky ignoró el dolor y corrió hacia la puerta. Cuando oyó el silbido

de una bala que le pasó rozando la oreja, se tiró hacia delante y atravesó la puerta. Una vez fuera, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desmayarse.

Tenía que ponerse en pie y moverse. De lo contrario, era hombre muerto. Obligándose a concentrarse en poner un pie delante del otro, se giró hacia las luces que había unos cuantos cientos de metros más allá, junto a la carretera.

Tenía que llegar hasta la gasolinera como fuera.

* * *

Elise suspiró frustrada.

La noche anterior había querido contarle a Cole que se iba a Mezcaya, pero él se había mostrado tan decidido a que no iban a hablar sobre las investigaciones que, finalmente, había cedido.

En cualquier caso, tampoco habían hablado mucho. Elise sonrió al recordar cómo habían pasado la noche. Cole se había empeñado en hacerle el amor una y otra vez, como queriendo reafirmar que la tenía entre sus brazos.

Cuando se había despertado, Cole ya se había ido. Le había dejado una nota sobre la almohada diciéndole cuánto la iba a echar de menos y que estaría de vuelta a la hora de comer.

A aquella hora, ella ya estaría en el aeropuerto de Corpus Christi. Elise suspiró de nuevo, miró qué hora era y abrió un cajón. Como no tenía el número del teléfono móvil de Cole, sólo podía dejarle una nota. Tras explicarle por escrito el motivo de su viaje y cuándo volvería, metió el papel en un sobre y lo cerró.

Tras decidir que lo mejor que podía hacer era dejárselo a la señora Cárter, agarró la maleta y se fue hacia la recepción.

Cuando Cole llegó al aparcamiento del hotel, sintió que se le formaba un nudo en la boca del estómago.

El coche de Elise no estaba.

Cole tomó aire y se dijo que aquello no quería decir que no estuviera bien. El detective Bennett ya había tomado posesión de su cargo como jefe de mantenimiento del hotel y había recibido instrucciones de seguir a Elise si se iba, así que no había ningún problema.

Sin embargo, cuando llegó a la recepción y vio allí al hombre de Wainwright, se quedó helado.

—¿Dónde está Elise… quiero decir la gente Campbell?

—En su habitación —contestó Bennett.

—Su coche no está —explicó Cole corriendo hacia el ascensor.

El detective lo siguió.

—No puede ser. Llevo en el mostrador desde que la señora Cárter ha recibido una llamada de Houston diciéndole que a su hija se le ha adelantado el parto —le explicó—. Y, desde entonces, no ha entrado ni ha salido nadie.

—¿Y antes de la llamada? —le preguntó Cole entrando en el ascensor y dando a la tercera planta.

—No ha entrado ni ha salido nadie. Llevo en el vestíbulo desde que te has sido tú esta mañana —le explicó Bennett—. La única vez que… sí, he tenido que ausentarme cinco minutos porque la señora Cárter me ha pedido que fuera a recoger unas velas que alguien había dejado anoche en el jardín.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Cole salió a toda velocidad y corrió por el pasillo rezando para que Elise estuviera en una de sus habitaciones.

—¿Elise? —gritó abriendo la puerta.

Nada.

A continuación atravesó la puerta que unía sus habitaciones.

Nada.

Cole miró a su alrededor y se acercó al armario. La ropa de Elise estaba allí. También estaba su calculadora sobre la mesa, junto a un montón de papeles.

—¿Dónde demonios estás? —se lamentó.

A continuación, salió al pasillo, se sacó un papel del bolsillo y le escribió a Bennett su teléfono móvil.

—Aquí tienes mi número. Llámame en cuanto vuelva —le ordenó.

—¿Y tú dónde vas? —le preguntó el detective corriendo a su lado.

—Voy a remover todo Mission Creek hasta encontrarla —contestó Cole corriendo escaleras abajo.

No tenía tiempo de esperar al ascensor. Debía encontrar a Elise antes de que la encontrara otra persona.

Veinte minutos después, Cole estaba atravesando Mission Creek con un nudo de miedo en el estómago. Había pensado que, tal vez, Elise hubiera ido al banco a por más papeles, pero el director de la sucursal le había dicho que hacía días que no la veía. A continuación, se dirigió al club de campo por si Elise había ido a nadar o al gimnasio, pero tampoco le habían visto por allí, así que se dirigió la oficina del *sheriff* y le contó que Elise había desaparecido. Por último, llamó a Bennett para ver si había vuelto. Nada.

Mientras conducía, maldijo varias veces. Tenía que encontrar a Elise, pero también tenía que terminar su investigación de los

almacenes antes de que caducara la orden de registro que tenía, así que se dirigió al oeste de la ciudad diciéndose que, en cuanto hubiera registrado los edificios, encontraría a Elise.

Elise bajó por la escalerilla del avión sintiendo el calor y la humedad y mirando a su alrededor en busca de su contacto. Estaba realmente emocionada. Era la primera vez que iba a trabajar como agente de incógnito, algo que había querido hacer desde que había ingresado en el FBI.

—¿Señorita?

Un hombre ataviado con ropas sencillas se acercó a ella. Se trataba de un hombre bajito y enjuto que vestía pantalones y camisa blancos y sueltos. Al llegar a su lado, se quitó el sombrero, también blanco, en un gesto galante.

—¿Necesita la señorita ayuda con el equipaje? —le preguntó con un acento hispano muy marcado.

Elise sonrió y negó con la cabeza mientras buscaba a su contacto.

—No, gracias.

—¿Necesita la señorita un guía? Jorge es excelente. Sólo veinte dólares y la llevo a ver mariposas rojas.

—No.

—Las mariposas rojas no son fáciles de ver.

—Gracias, pero no —insistió Elise poniéndose seria.

—Ver volar a las mariposas rojas es muy hermoso —insistió el aldeano.

—Le he dicho que no —se molestó Elise.

El hombre se acercó a ella y le habló en voz baja.

—Campbell, a ver si te enteras, te he dado la contraseña tres veces —le espetó sin rastro de acento.

Elise parpadeó. Estaba tan concentrada en encontrar a su contacto que había obviado las palabras del campesino.

—Lo siento mucho —se disculpó sintiéndose completamente estúpida.

Al ver que se iba a explicar, el hombre le indicó que no dijera nada por si alguien los oía.

—Jorge, no me interesan las mariposas rojas. Lo que a mí me interesa es la artesanía local. Quería comprar piezas de cerámica y cosas por el estilo. ¿Sabes dónde podría ir? ¿Conoces a gente que pudiera estar interesada en venderme?

—Sí, señorita —sonrió el agente volviendo a adquirir el falso acento—. Jorge Cortez conoce a mucha gente.

Aliviada de que todo saliera bien, Elise asintió.

—Entonces, te contrato como guía y como intérprete, Jorge.

Cortez sonrió y se hizo cargo de la maleta de Elise.

—Sígame, señorita. Jorge la va a llevar a la Tierra del Loro.

Dos horas después, Elise se encontraba dando botes en un viejo jeep que Jorge conducía por una carretera de montaña. Se estaban adentrando en la selva más rápidamente de lo que había previsto y Elise se encontró preguntándose qué demonios hacía allí, pero, entonces, de repente, Jorge paró el vehículo.

Elise vio que ante ellos había un grupo de hombres congregados alrededor de un camión. Efectivamente, en mitad del poblado había un camión y lo estaban descargando. Junto a él, varias cajas con el logo de Mercado Trucking.

Elise estaba tan concentrada en la escena que se desarrollaba ante ella que le costó un momento darse cuenta de que la estaban apuntando con un rifle M 16. Entonces, siguiendo el rifle, se dio cuenta de que el hombre que la apuntaba era un campesino y que no parecía muy contento de verla por allí.

Al acercarse al segundo almacén, Cole se dio cuenta de que allí había pasado algo. Para empezar, las puertas estaban abiertas y el día anterior estaban cerradas. Así que se sacó una linterna del bolsillo, abrió la puerta con prudencia y entró al edificio. Mientras observaba el interior, sintió que el vello de la nuca se le erizaba.

Rápidamente observó que sobre el suelo, cubierto de polvo, había huellas de que habían arrastrado a alguien y un poco más allá había restos inequívocos de una pelea.

Cole se apresuró a sacar su arma reglamentaria de la funda y a acercarse a la zona de la pelea. Una vez allí, sintió que el corazón le daba un vuelco. Había sangre en el suelo.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, salió del almacén y llamó al *sheriff* desde su teléfono móvil mientras se preguntaba qué habría sucedido. ¿Habrían secuestrado a Elise en el hotel aquella misma mañana? ¿La habrían llevado a los almacenes y la habrían…?

—Wainwright, llama al laboratorio y que manden una unidad móvil a los almacenes que hay al oeste de la ciudad —le indicó al *sheriff*.

—¿Qué ocurre, Yardley?

—Podría haber habido un… homicidio —contestó Cole tragando saliva.

—¿Has encontrado un cadáver?

—No, de momento no —contestó Cole luchando contra las emociones—. Voy a buscar por la zona.

Capítulo 11

Cole se miró en el espejo que había sobre el lavabo del baño y apenas reconoció al hombre que lo miraba desde el otro lado. Aquella barba de hacía tres días le confería un aspecto horrible, tenía los ojos inyectados en sangre de no haber dormido, se sentía como si llevara una semana de maniobras y las ojeras que tenía bajo los ojos hacía que pareciera que le habían pegado.

Cole tomó aire.

Sentía ganas de darle un puñetazo al hombre que lo miraba desde el espejo. Por su culpa, Elise había desaparecido. Si hubiera estado más vigilante, no llevaría tres días en paradero desconocido. De haberla protegido mejor, estaría en aquellos momentos entre sus brazos, que era donde debía estar.

Cole sintió que se le formaba un nudo en la garganta y cerró los ojos con fuerza, apretó los dientes y sintió que un dolor terrible se apoderaba de su pecho.

¿Por qué no le había dicho a Elise lo que sentía por ella? ¿Cómo había sido tan cobarde? Había tenido muchas oportunidades para decirle que la amaba, que era la persona más importante de su vida y que quería estar a su lado para siempre, pero las había dejado pasar, diciéndose que era demasiado pronto, que no haría sino complicar las cosas entre ellos cuando la verdad era que la amaba con todo su corazón y que daría todo lo que tenía por poder pasar un día más, una hora más con ella, abrazándola y diciéndole lo mucho que la quería.

Cole se obligó a abrir los ojos y tomó aire varias veces. Una vez en la habitación, se sentó en el borde de la cama y dejó caer el rostro entre las manos mientras se preguntaba si su padre se habría sentido así al perder a su madre.

Ahora entendía por qué no había querido volverse a casar. Cole tenía muy claro que ninguna otra mujer podría reemplazar a Elise ni en su vida ni en su corazón ni en su alma.

Su vida iba a ser un infierno sin ella.

Cole se sentó en el balancín, apoyó los antebrazos en las rodillas y entrelazó los dedos. No sabía por qué había salido al jardín del hotel. Tal vez, porque no tenía otro lugar al que ir.

El *sheriff* le había prohibido ir a la escena del crimen el día anterior porque había vuelto locos a los forenses y al equipo de investigación y no quería quedarse en su habitación porque le parecía que lo engullían las paredes.

Sin embargo, sentarse allí había sido un gran error, pues le traía

demasiado recuerdos de la mujer a la que amaba, de la mujer a la que, tal vez, no pudiera volver a abrazar jamás.

Cole sintió que el corazón se le constreñía y tuvo que cerrar los ojos y tomar aire varias veces.

¿Cómo iba a sobrevivir?

—Cole, ¿qué haces aquí?

Al oír aquella voz femenina y suave, Cole sintió que el corazón le daba un vuelco. Al levantar la mirada, no pudo creer lo que estaba viendo, pero no quiso parpadear por temor a que Elise desapareciera.

—¿Elise? —tartamudeó intentando ponerse en pie.

Las rodillas no le sostenían.

¿Era ella de verdad o era que su mente le estaba jugando una mala pasada porque la quería ver, porque se moría por verla, por saber que el amor de su vida estaba viva?

—Cariño, ¿qué te pasa? —le preguntó Elise corriendo a su lado—. Estás muy pálido. ¿Te encuentras bien?

Cole agarró a Elise de los brazos y la abrazó con fuerza. Entonces, mientras le acariciaba el pelo, se dio cuenta de que, efectivamente, era ella, no era un sueño, era Elise de verdad.

Cole se estremeció de pies a cabeza y dio las gracias al universo por habérsela devuelto. A continuación, la miró a los ojos y observó que tenía una ceja abierta y una magulladura en el pómulo.

—Dios mío, Elise, creía que estabas muerta —confesó con voz trémula.

Elise le tomó el rostro entre las manos, sonrió y negó con la cabeza.

—Podría haber muerto de no haber sido con Jorge, pero ¿cómo sabes de mi peligro?

—¿Jorge? ¿Es el tipo que te ayudó a escapar?

—Así es, gracias a él estoy viva.

Cole no tenía ni idea de quién era Jorge, pero tenía intención de encontrarle y darle las gracias personalmente por ayudar a escapar a Elise.

—Lo siento mucho, cariño, todo esto ha sido culpa mía.

—¿Culpa tuya? Pero si tú no has tenido nada que ver —se extrañó Elise.

—Sabía que iban a venir unos matones, pero no te lo dije —confesó Cole—. Creí que era mejor, que estarías más segura así. Por favor, perdóname.

—¿Matones? ¿En Mission Creek?

—¿Pero no te han secuestrado ellos? —se sorprendió Cole.

—Claro que no. ¿Qué te hace pensar eso?

—Cuando encontré sangre en el almacén… pero, bueno, vamos a ver un momento… si no te han mantenido secuestrada los matones estos días… ¿dónde demonios has estado?

—En Mezcaya. ¿No te dio la señora Cárter…?

Cole se puso en pie.

—¿Estabas en Mezcaya? ¿Te fuiste a Mezcaya por voluntad propia?

—Sí, pero…

—Y yo aquí creyendo que te habían matado.

—No lo sabía…

—¿Tienes idea del peligro que has corrido yéndote a un país que está en manos de un grupo terrorista?

Elise se quedó mirando a Cole. Jamás lo había visto tan furioso.

—Deja de hacerme preguntas y permíteme que te explique lo que ha pasado.

—¿Cómo me vas a explicar? ¿Qué me quieres explicar? ¿Por qué demonios no me dijiste adonde ibas?

Elise sintió que la furia se apoderaba de ella también.

—Muy sencillo, no te lo dije porque sabía que te ibas a poner en plan cavernícola, exactamente igual que ahora —le explicó intentando mantener la calma—. Pero lo cierto es que sí intenté decírtelo.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—La noche que cenamos aquí, pero tú tenías otros planes.

—Pero podrías habérmelo dicho después —recapacitó Cole en tono más razonable.

—Cuando me desperté a la mañana siguiente te habías ido —le recordó Elise.

Cole exhaló frustrado.

—¿Y no te has parado a pensar lo mal que lo iba a pasar al no saber dónde estabas ni si estabas bien?

Elise se puso en pie y se acercó a él. No iba a permitir que le hiciera chantaje emocional cuando no le había dicho que había matones en Mission Creek.

—Te recuerdo que tú tampoco me dijiste que había un asesino profesional por aquí.

—Eso es diferente —contestó Cole.

—¿De verdad? No, de eso nada, cavernícola —le advirtió Elise—. Tú no me dijiste nada de la información que tenías, mientras que yo te dejé una carta en la que te explicaba adónde iba y por qué.

—¿Una carta? —se sorprendió Cole—. ¿Dónde?

—¿No te la ha dado la señora Cárter? —le preguntó Elise comenzando a entender por qué estaba tan enfadado—. Me dijo que te la daría en cuanto te viera.

—La señora Cárter ha estado todo el fin de semana fuera debido una urgencia familiar. Se tuvo que ir antes de que yo volviera el viernes —le explicó Cole sentándose de nuevo en el columpio—. Todavía no ha vuelto de Houston.

—Eso explica que no sepas dónde estaba —contestó Elise sentándose a su lado—, pero no te excusa por no haberme hablado del matón.

—Nuestro informador nos dijo que alguien había contratado a un asesino para librarse de una persona que estaba a punto de resolver el caso del tráfico de armas —le explicó Cole pasándose las manos por el rostro como intentando borrar el cansancio de aquellos días—. Tenía miedo de que te hubiera ocurrido algo.

Mientras lo observaba, Elise se le ocurrió de repente que sabía por qué Cole estaba tan enfadado, pero quería oírlo de sus labios.

—¿Por qué? ¿Por qué estabas tan asustado ante la posibilidad de que el matón me hubiera matado?

Cole cerró los ojos y, cuando los abrió, Elise sintió que se quedaba sin aliento.

—Porque te quiero, Elise. Te he querido desde que te conocí. Creo que te quiero desde que hace dos años coincidimos en El Paso, pero entonces mi arrogancia me impidió darme cuenta.

—Oh, cariño, yo también te quiero —contestó Elise con lágrimas en los ojos—. Me he pasado dos años diciéndome que eras un machista y un cavernícola y que no te podía soportar, pero la verdad es que me enamoré de ti desde el primer momento.

Cole la tomó entre sus brazos y se quedaron abrazados en silencio durante unos minutos, simplemente disfrutando de volver a estar juntos.

—¿Quieres que te cuente cómo me ha ido por Mezcaya? —le preguntó Elise rompiendo el silencio, convencida de que no debía haber más secretos entre ellos.

—Sí, me gustaría que me explicaras quién es Jorge y por qué tienes esa herida en la cara —contestó Cole poniéndose tenso—. Así podré decidir si agradecer a ese hombre que te haya salvado o darle una patada en el trasero por haberte metido en una situación así.

Elise le contó que Jorge Cortez había sido su contacto en Mezcaya y que la había llevado a la Tierra del Loro.

—Es una zona donde El Jefe tiene mucha presencia.

—¿Y ese hombre te metió allí nada más llegar? —se indignó Cole.

—Lo cierto es que Jorge no tenía manera de saber que en el primer poblado al que llegamos iban estar descargando armas —se apresuró a defenderlo Elise.

Cole sintió que la sangre se le helaba en las venas al pensar en lo que le podría haber sucedido a Elise.

—¿Y cómo consiguió sacarte de allí?

—Les dijo que era una misionera de otro pueblo —sonrió Elise—. Les dijo que habíamos ido a pedir comida para los huérfanos.

—¿Y se lo creyeron? —preguntó Cole acariciándole el moratón que tenía en el pómulo.

—Al principio, no —admitió Elise—. Nos hiciera salir del coche y nos preguntaron cómo sabíamos que iba a haber comida en su poblado, pero Jorge les dijo que no lo sabíamos, que en realidad íbamos recorriendo todos los pueblos pidiendo lo que hubiera para los niños hambrientos. Luego, les dijo que él estaba de parte de González y de El Jefe y maldijo al gobierno actual. Entonces, nos dieron un par de cajas de verduras y nos escoltaron hasta la carretera.

—Si todo fue así de bien, ¿cómo te hiciste el moratón y la herida?

Elise dudó.

—Nos estábamos yendo cuando justamente apareció el tal González.

Cole sintió que el corazón se le paraba. González era un asesino sin escrúpulos que había demostrado en más de una ocasión que no tenía ningún respeto por la vida humana.

—¿Y qué ocurrió?

—González comenzó a gritarles a los hombres que nos habían dejado irnos y les ordenó que nos detuvieran —se estremeció Elise al recordarlo—. Entonces, Jorge no tuvo más remedio que pisar el acelerador. Se nos explotó un neumático y tuvimos que abandonar el coche y salir corriendo por la selva.

—Dios mío, Elise…

—Todo salió bien, pero me tropecé con una raíz y me di de bruces contra un árbol —le explicó Elise—. Menos mal que Jorge sabía perfectamente dónde estábamos y pudimos volver a la civilización.

Cole la abrazó al darse cuenta de lo cerca que había estado de perderla.

—Cariño, supongo que todo esto tiene sentido para ti, pero yo no acabo de entender qué tienen que ver las verduras con el tráfico de armas.

—Ah, claro, se me había olvidado contarte lo mejor. Tengo pruebas suficientes como para que un equipo vigile a John Valente y a dos de sus empresas.

Cole sonrió.

—Lo sabía. Cuando me di cuenta de que alguien estaba intentando implicar a Ricky, supuse que era Valente. ¿Qué tienes?

—Cuando Carmine Mercado murió, dejó a cargo de la mafia a Frank del Brio, que se hizo con el control de Mercado Trucking y de Superior Produce. Cuando él murió, John Valente se hizo con todo.

—Eso ya lo sé, cariño, pero ¿cómo encaja eso con el tráfico de armas?

Elise lo miró emocionada.

—Superior Produce ha estado llevando frutas y verduras a Mezcaya a través de Mercado Trucking.

—Ah, ahora lo entiendo —rio Cole—. Así que no sólo llevaban plátanos y repollos, ¿eh?

Elise asintió muy sonriente.

—Primero ponían varias cajas de verduras y frutas y el resto del camión iba cargado de armas. Cuando Jorge y yo llegamos a aquel pueblo, acababan de sacar las cajas de verduras y se disponían a bajar los M 16, las lanzaderas de mano y suficiente munición como para volar Fort Knox.

—¿Lo viste con tus propios ojos?

—No solamente lo vi. También tengo fotografías.

—¿Y cómo vas a hacer caer a Valente?

—Lo voy a acusar de blanqueo de dinero porque Mannie Ferrar y él han consignado en los libros más ventas de productos agrícolas de lo que han estado llevando a Mission Creek realmente —contestó Elise muy segura de sí misma—. Así cubrían lo que ingresaban por la venta de armas. Mannie consignaba cantidades enormes en concepto de productos dañados —le explicó—. Supongo que, cuando el equipo comience a investigarlos, encontrarán pruebas suficientes como para encarcelar a Valente y a todos sus hombres.

—Eres la mejor agente federal del mundo —sonrió Cole muy orgulloso—, pero, a partir de ahora, quiero que trabajemos juntos.

—Vaya, me parece recordar que no te gustaba compartir la información de tus casos con nadie y, menos todavía, con una mujer.

—Elise, llevo esperándote toda la vida. Eres la mujer a la que quiero con todo mi corazón. Por favor, no vuelvas a irte sin decirme dónde vas. Si te hubiera sucedido algo, no habría sobrevivido.

Elise lo miró a los ojos y vio que Cole hablaba con sinceridad, lo que la dejó sin aliento. Cole realmente la amaba, la respetaba y la aceptaba como compañera.

—Yo también te quiero, Cole Yardley —le dijo besándolo en los labios—, y te prometo que no volveré a irme sin decirte en persona adonde.

—Me parece bien —contestó Cole besándola—. Entonces, ¿me quieres aunque sea un cavernícola?

—Bueno, ya no me lo pareces tanto —contestó Elise encantada.

—¿Ah, no? ¿Ni siquiera cuando te agarro en brazos y te llevo a mi cueva?

—Bueno, admito que en esos momentos me encanta que te conviertas en Cole el cavernícola.

—Cásate conmigo, Elise.

—¿Cómo?

—Que te cases conmigo, preciosa —repitió Cole poniéndose serio.

Elise no estaba segura de que aquél fuera el momento propicio para decirle que tenía la sensación de que se había quedado embarazada la noche en la que se les había roto el preservativo, pero decidió que, si quería que su relación funcionara, tenía que ser basándola en la sinceridad completa.

—Cole, quería decirte que…

—No quiero que me digas nada. Sólo que aceptas mi propuesta —la interrumpió Cole.

—Pero…

—Si no me dices que sí ahora mismo, te prometo que me pongo en plan cavernícola —insistió Cole.

—Venga ya.

—No me pongas a prueba —sonrió Cole indicándole que iba en serio.

—Está bien, me casaré contigo, pero te tengo que decir una cosa…

Cole la interrumpió con un beso tan dedicado y tierno que Elise sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Elise, te prometo que te protegeré y te cuidaré toda mi vida —le dijo Cole muy emocionado—. Aclarado esto, ¿qué era eso que me querías decir?

—Creo que podría estar embarazada.

El tiempo se detuvo y Cole se quedó mirando a Elise fijamente durante una eternidad. Finalmente, sonrió de tal manera que Elise creyó que se iba derretir.

—Eso me convertiría en el hombre más feliz del mundo —contestó encantado y abrazándola con fuerza—. Uy, perdón, ¿no te habré hecho daño, verdad?

Elise se rio.

—Estar embarazada no quiere decir ser frágil, Cole —le dijo poniéndose seria de repente—. En el supuesto de que esté embarazada, ¿vas a ser de ésos que se pasan los nueve meses agobiando a su mujer?

—Probablemente, sí —sonrió Cole tomándola de la mano, poniéndose en pie e indicándole que hiciera lo mismo—. Vamos,


tenemos unas cuantas cosas que hacer.

—¿Ah, sí?

—Sí, tenemos que ir a los juzgados a pedir licencia para casarnos y luego ir a la joyería para comprar un anillo y…

—Dos anillos —lo interrumpió Elise mientras caminaban por el sendero del jardín.

—Está bien, dos anillos —contestó Cole besándola.

—Quiero que todo el mundo sepa que eres mi marido —sonrió Elise.

—No te preocupes, no van a tener ninguna duda sobre eso —le aseguró Cole tomándola en brazos.

—Puedo andar —protestó Elise mientras Cole atravesaba el vestíbulo del hotel y se dirigía al ascensor—. ¿No habías dicho que íbamos a los juzgados?

—Sí, pero primero me voy llevar a mi cueva a la mujer que quiero.

—Te quiero, cavernícola —se rio Elise.

—Yo también te quiero, preciosa y, en cuanto lleguemos a mi cueva, te voy a demostrar cuánto —contestó Cole entrando al ascensor.

Epílogo

Una semana después…

Cuando sonó el despertador, Elise se apresuró a apretar el botón. A continuación, salió de la cama que compartía con su maravilloso marido y fue de puntillas al baño.

Se había puesto el despertador una hora antes que él adrede para tener tiempo para hacerse la prueba de embarazo que había comprado el día anterior en la farmacia.

Tras seguir las instrucciones, esperó ansiosa los resultados. Cuando apareció el símbolo positivo, Elise sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Estoy embarazada —murmuró—. De verdad voy a tener un bebé.

A continuación, se puso la mano sobre la tripa y se mordió el labio inferior riéndose nerviosa. Iba ser imposible vivir con Cole durante los siguientes nueve meses, la iba a volver loca.

Elise sonrió.

¡Pero qué bien se lo iban a pasar!

Claro que lo primero que tenía que hacer era decirle a su marido que iba ser padre y sabía exactamente cómo lo quería hacer, así que volvió a la habitación y se metió en la cama a su lado. En cuanto Cole detectó su presencia, la abrazó.

—¿Por qué te has despertado tan pronto? —le preguntó soñoliento —. No es habitual en ti. ¿Estás bien?

—Estoy fenomenal —contestó Elise besándolo en el hombro—. Es que tenía que hacer una cosa.

Cole miró el reloj.

—¿A las cinco de la mañana?

Elise siguió acariciándole los hombros, el pecho, la tripa y yendo hacia abajo.

—Quería que hoy mi marido se pudiera ir a trabajar con una buena sonrisa en la cara.

—Si sigues haciendo lo que estás haciendo, voy a sonreír mucho, pero no me voy a ir a trabajar —contestó Cole agarrándole las manos.

—Bueno, todavía tenemos una hora… —comentó Elise en tono sugerente.

—Tienes razón —contestó Cole besándola.

* * *

Abrazando a su marido, que le acababa de hacer el amor, Elise se sentía la mujer más afortunada del mundo. Contaba con el amor de un hombre maravilloso, estaba embarazada y el futuro se presentaba brillante.

—Cole.

—Dime.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Recuerda que hemos dicho que nada de secretos, así que puedes preguntarme o decirme lo que quieras y cuando quieras —contestó Cole abriendo los ojos y mirándola con amor.

—Muy bien —sonrió Elise abrazándolo—. ¿Qué te gustaría tener? ¿Niño o niña?

—Me daría igual —contestó Cole apartándole un mechón de pelo de la cara—. Si estuvieras embarazada, lo que querría sería que tanto tú como el bebé estuvierais bien.

—¿Y si ya lo estuviera? —insistió Elise esperando a que comprendiera.

—¿Por qué crees que dejé de utilizar preservativos en cuanto nos casamos? —sonrió Cole—. Quiero tener un hijo contigo cuanto antes.

Elise sonrió también.

—¿Has escuchado bien mi pregunta?

—Claro que sí, me acabas de preguntar qué preferiría tener en caso de que estuvieras embarazada —contestó Cole frunciendo el ceño—. ¿Estás embarazada? ¿Estás embarazada? —se sorprendió—. Supongo que sería la noche que se rompió el preservativo…

—Sí, cariño —sonrió Elise—. Por eso he puesto el despertador, para hacerme una prueba… y ya tengo los resultados. Serás padre en primavera.

Cole se incorporó de un respingo.

—Dios mío, Elise… ¿Y cómo has permitido que te hiciera el amor como te lo acabo de hacer? No he sido muy suave que digamos.

—Tranquilo, Cole, no pasa nada —lo tranquilizó Elise sentándose a su lado.

—¿Estás bien? ¿No le habré hecho daño al bebé? —palideció Cole.

Elise se rio y le tomó el rostro entre las manos.

—Si no me vuelves loca durante estos nueve meses, vas a ser una monada, cavernícola.

—No estoy de broma, Elise.

—Cole, ya hablamos de esto la semana pasada —le recordó Elise con paciencia, pues sabía que Cole estaba preocupado al haber perdido a su madre tras una hemorragia—. No estoy débil ni soy frágil. ¡Estoy embarazada!

—Sí, pero has trabajado mucho y necesitas descansar.

—Sí, ya lo tengo arreglado —contestó Elise abrazándolo y sintiendo que lo quería más que a nada en el mundo—. He hablado con el FBI y he pedido que me asignen sólo misiones en las que no haga falta viajar y, cuando nazca el niño, voy a pedir una excedencia.

—Me parece una idea muy acertada —contestó Cole besándola—. ¿Cuánto tiempo de excedencia vas a pedir?

—No lo sé —contestó Elise sinceramente—. Depende de cómo me sienta con el niño. A lo mejor, no vuelvo.

—Como tú quieras. Es tu decisión. Yo lo único que quiero es que seas feliz y te prometo que no te voy influir para que tomes una decisión u otra —le prometió tumbándola de nuevo sobre el colchón —, pero quiero que sepas que no me importaría en absoluto que te quedaras en casa manteniendo la cueva limpia y criando a nuestros cavernícolas —bromeó besándola en la boca—. Por cierto, ¿de cuántos cavernícolas estaríamos hablando?

Elise se quedó pensativa.

—Me gustaría tener, por lo menos, cuatro.

—Muy bien. Entonces, en cuanto me haya instalado en Virginia, vamos a tener que salir de compras.

—¿Para comprar qué?

—Preciosa, si vamos a tener cuatro cavernícolas, vamos a necesitar una casa bastante grande —sonrió Cole—. Me gustaría que tuviera jardín y un arce con un columpio.

—A mí también me gustaría —sonrió Elise.

—Te quiero más te lo que te puedas imaginar, preciosa —le aseguró Cole poniéndose serio.

Sintiéndose más feliz de lo que se había sentido en sus veintisiete años de vida, Elise lo besó hasta quedar ambos sin aire.

—Yo también te quiero, cavernícola.

Fin